

Pre-Dummie

PORTADA: "La reina ha muerto, larga vida a la reina" (2001). Bóptico.

Óleo sobre tela. Autor: José Moisés Aguayo Álvarez



# SÓLO PARA LOCOS

JOSÉ MOISÉS AGUAYO ALVAREZ



José Moisés Aguayo Álvarez, nació en Tonalá, Jalisco, el 24 de Agosto de 1978, en el seno de una familia de origen campesino con nueve hijos varones, de los cuales soy el menor.

Desde que recuerdo soy afecto a la lectura, pero a la escritura me acercó un hecho más bien fortuito. A los trece años padecí de un terrible insomnio que no logré superar y para matar el tiempo en que esperaba la llegada del sueño, comencé a inventar personajes e historias. Los tiempos de preparatoria los reparto entre la lectura, una banda de rock, una revista estudiantil y mis cuentitos. En 1994 obtengo el segundo lugar de cuento joven en la Fil, luego de lo cual decidí no renunciar a la escritura.

El destino y la carencia me llevaron a buscar una beca para estudiar en el internado de la Normal Rural de Atequiza, Jalisco, donde me inicié en la música y el folklore latinoamericano (con los inolvidables chacales), y me gradúo primero en la política estudiantil y luego como Maestro de Primaria, profesión que desempeño desde 1999 y hasta la fecha, y

a la cual le agradezco el sustento, las vacaciones y el haberme permitido el acercamiento a la situación social que vive la gente de la Sierra occidental, de Los Altos y del centro del Estado, donde trabajo actualmente.

Con relación a la creación literaria, he descubierto que cuando escribir se vuelve una necesidad tan apremiante que llega a sacarte de tu dormitorio por las noches y te roba una que otra madrugada, no tienes más remedio que ceder y ponerte a jugar un rato a que inventas historias, a que cuentas cuentos, aunque a veces la escritura se convierte en un juego tormentoso, pues en mi caso, sucede que cuando escribo, no puedo abandonar una historia así nada más, siento que si la dejo inconclusa, la historia no me abandonará a mí y que estaré todo el tiempo pensando ¿qué sigue?

ISBN 968-5544-53-5



9 789685 544535

Literalia editores



2

JOSÉ MOISÉS AGUAYO ALVAREZ

SÓLO PARA LOCOS

# SÓLO PARA LOCOS

JOSÉ MOISÉS AGUAYO ALVAREZ

2

Colección

Intorno



# SÓLO PARA LOCOS

José Moisés Aguayo Álvarez

Pabellón 1

*Panem nostrum quotidianum*

*Homo gramaticalis*

El muñeco

Acertijo

Atanasio Reyes

Daniela

Rico Rico

Pabellón 2

Ars Sintónica

El hechicero inmóvil en el cuarto de  
hotel, frente al espejo.

El chato

¿Qué se hace de noche?

Don Mundo

Clepsidra

El faceto

Cromática

Pabellón 3

El Señor Perro

Vida de perro

Quintín

Olvidar tres letras

Sólo para locos

Amor de bruja

Cartas Mayores

La reyna

El rey

El as

*A Beatriz, por todos los desvelos*

# PABELLÓN 1

# PANEM NOSTRUM QUOTIDIANUM

*“‘La matanza de los locos’, dice la voz de mi fiebre: así debe llamarse a fin de denunciar ese infame, ese abominable exterminio de locos que hubo. Ignoro de qué matanza se trate, donde y cuando fue. Tengo el deber de escribir el cuento, eso es lo único claro para mí”.*

José Revueltas. *Cama 11.*

Mis párpados se evaporan cada noche. Mis pies de arena, húmedos andantes, me conducen de nuevo al peñasco de papel. La bombilla diáfana me cuenta cien historias y yo con torpeza sólo alcanzo los rastros. Me escapo entre línea y línea a fumarme unos instantes. Abismado en el silencio, se me olvida el tiempo hablando con los grillos y con la estela sonora que me dejan los motores y las calles. Luego me levanto, miro el reloj junto al espejo; recuerdo entonces que un minuto más es sin duda un minuto menos. Luego me da por asomarme al exterior paralelo, por incinerar los desvelos, pero es tarde... es tarde para apagar la máquina del día siguiente.

# *HOMO GRAMMATICALIS*

Él era un reconocido hombre de letras. Una tarde se hizo de palabras con su mujer. Ya no es el mismo.



# EL MUÑECO

—Bueno, ya ves que siempre sí fui al restauan para hablar con el muñeco. Quesque te iba a pedir, que no sé qué..., yo ni le di casi chanza de tocar el tema, o no sé, no se habrá animado, total que ‘ai estuvimos platicando un buen rato, y nos echamos unos traguitos. Ya cuando estaba oscureciendo, le dije: “¿Tonces qué, muñeco?, ¿Jalas o no jalas?” ‘ai namás para ver la cara que ponía. Lo hubieras visto. Hizo la cara de menso que pone cada que le digo muñeco, y se puso dizque a pensar un rato. “Ándale, muñeco, al cabo las güilas no te comen”, así le dije. No creas, si se puso nerviosón y hasta pidió otra botella de tequila. Luego le dije que no se acelerara, que la cosa era tranquila, pero ya ves..., digo, a lo mejor tú no lo conoces así, pero ya entrado, es medio bárbaro. Total, que para no hacértela larga, me dijo que sí, que arre con la que barre, y pus que me lo llevo.

—Ay, papá, yanilace, usté cree que no siento feo que me esté contando...

—Pus sí. M’ija, pero..., caras vemos, y lo demás está cabrón..., la verdá yo tamién siento gacho decirte, pero, más vale conocer las mañas primero, m’ija...

—Eso sí

—Ah, ¿ya ve?... si hay que andarse con cuidado. Parece que no pela un chango a nalgadas, pero no hay que fiarse tanto, m’ija, y menos si de veras se quiere casar contigo.

—Sí, papá, pero, no sé, yo sigo sintiendo feo que me cuente.

—Ah, no, pus si quiere ya no le cuento...

—No, papá, digo, sí, ya empezó a contarme: ahora me dice todo..., pobrecito de Rafa..., ¿y cómo estuvo éso papá?

—Bueno, que *congste*, al rato no me salga con que siente feo: pus que- melo- llevo a *La Charca Verde*..., ya tenía yo aaaños que no iba al tugurio ése, pero, pus, por ser que el que estaba más a la mano, pus allá fuimos a parar. Se me ocurrió que ‘ai de paso podía aprovechar ‘pa saludar a la comadre Trini, que ya tenía mucho sin verla; ¿vieras qué acabada?, no, y deja d’eso, de tan atrancada que andaba ni me reconoció, y eso que le disparé dos cheves, pinche Trini, nunca se le quitó lo puta...

—¿Y que pasó con Rafa papá?, ya ni me siguió contando.

—No, pus a eso voy, m’ija. Ya ni me acuerdo cuánto tequila nos tragamos, lo que sí, que el muñeco ya andaba encandiladillo; nooo, y que le arrimo una vieja, hast’eso, no estaba tan federica, y primero, la verdá, la verdá, sí se puso sus moños: “Que no”, que le daba vergüenza conmigo, que qué pasó, que él se quería casar contigo, que no se qué; no, pero namás de platicar un ratito, se prendió como cerillo..., je, lo hubieras visto. Te digo que caras vemos...

—Pero papá, ¿a quién le dan pan que llore?, eso ya no me gustó, me le puso un cuatro a Rafa...

—Oi-oi-oi, ¿cuál cuatro?, yo namás lo quería calar, ¿qué le costaba decir que no? Digo, total, ya no es un chiquito...

—¿Y a poco no le dijo que no primero?

—Sí pues, pero, al doblar las manitas en ese rato, lo que demostró es que

no tiene decisión, m'ija, así cualquiera lo mangonea a uno, ¿ves?... No, si con eso me empecé a dar una idea, ya más así, más bien pues, del modo del muñeco este..., fíjate, pero... ¿A veces se equivoca uno, ¿Edá?... Ese muñeco...

—Papá, ya no le diga muñeco...

—¿“Tonces cómo”, si tiene cara de muñeco: la naricilla ahí..., y luego los ojillos así..., como d'esos monos que los acuestas y bajan las pestañas... Je-je..., ¡No te enojés, pues, deja te digo!... Pus la cosa con la morra empezó a ponerse ya media descontrolada y pus a mí nunca me ha gustado que se agasajen tan a la descarada, ¿ves?, digo, ‘tá bien que estábamos en un congal y éso, pero pus, ¿hay hoteles, no?, nooo, si te contara cómo la tenía arremangada...

..Éso ni me lo cuente, papá, que me va a hacer sentir más mal...

—No, hast'eso que nomás le dije que se apaciguara tantito, y sí, se cuadró, ya se puso más respetocillo. Luego hay un rato del que ya casi no me acuerdo..., ‘pa no hacértela larga, pus ya andábamos bailando aí, con las viejas, ¿edá?, y pus entre que sí y que no, que me pone un pisotón un chaparro todo borracho que andaba bailando con la comadre Trini, y al ratito, ¡otro pisotón!, ya como buscando camorra..., y la mera verdá, ya sabes, m'ija, que yo soporto de todo, menos dos pisotones, y pus que le digo de cosas al chaparro: “¿qué tráis pues, hijo de tu bomba?”, ya sabes..., ya me conoces..., pus que me dice: “viejito” que no sé qué, y sabe qué tanto, y no..., hast'eso, lo que sea de cada quién, el muñeco se le puso al brinco, que “¡Lo que quieran con el ruco, conmigo, ojetes!” ¡Je!, ¡y que se arma! Yo, la verdá, tenía aaaños que no me trenzaba así de bonito; sabe de dónde salieron otros dos monos que también se metieron al zipizape; luego otros monos que nos defendieron de los otros monos, y ‘pus...nooo, yo namás me acuerdo que vi al muñeco que yastaba orcando al chaparro. Todo colorado, lo tenía ahí en el suelo bien aperingado..., hast'eso, el muñeco sí se tiende en eso, ¡Es leña el muñequillo, pues!..., digo...

—Ay, papá..., mire nada más los desfiguros que andaban haciendo...

—Nooo, y espérate, pus ‘ái tienes que cuando ya se metieron los sacaborrachos que tiene ahí la comadre Trini, nos basculiaron y todo, pues..., lo bueno que yo traía la *Luger* en el carro, si no, me la quitan..., y total que ya en las alegatas quedamos que no pasó nada, que todo tranquilo; ‘ái les dimos una feria ‘pa que sacaran al chaparro y a otros dos monos, y ya, nos dejaron ahí con la condición de que en un rato ya nos fuéramos a dormir..., pero, ya sabes cómo soy yo de picado..., nooo y lo que sea de cada quién, andaba calentito, por la bronquilla y eso, y la verdá sí andaba a gusto con el muñeco, o sea, ya con más confianza y todo, ¿ves?, y pus le dije que si nos íbamos a otro lado a seguirla; la verdá yo ya andaba más chachalaco..., pero no sé..., traía todavía ganas de andar en el ambiente, ¿no?... ‘pus ‘ái tienes que ya me iba a subir al carro, y no, fíjate que el muñeco no me dejó manejar; hast'eso, pinchi muñeco, me convenció de que nos fuéramos en taxi..., yo no sé cómo le hizo, ya ves cómo me pongo yo de terco, ¡yo no se cómo le hizo!, lo que sí, fíjate, que yo no quise dejar la *Luger*: no, ésa me la clavé en el cinto...; en fin, ya sabes que a mí no me gusta andar deatiro encuerado de fusca, digo, uno nunca sabe cuándo se puede ofrecer, ¿no?, lo bueno que no la traía adentro del congal, si no... En fin, de lo de ese rato ya namás me acuerdo que llegamos a la plaza de los mariachis y nos arrimamos a unos tripas de hule ‘ái pa’ que se echaran unas de arranque...

—El dineral que se habrán gastado allí, papá, y luego usted con su pistola, ¿cómo se le ocurre? Mire nomás en lo que paró todo...

—Nooo, si hast'eso, el muñeco ¡Se avienta en la cantada! ¿eh?... y ah qué bonito le sale el corrido de los Pérez

—Claro que se avienta, papá, si de eso vive, ¿no le digo que canta en un grupo?

—Sí, pues, pero en su grupillo cantan puras joterías. Acá, con el mariachi es otra cosa, pa’ más gallos...

—Ay papá, lo que pasa es que a usted, todas las canciones que no son de

matados y matones, son puras joterías...

—Pus es que es la verdá, m'ija...diiigo...

—¿Y entonces ahí fue donde pasó?

—La mera verdá, sí..., es que, o sea, todo estaba ya más tranquilo ¿ves? O sea, así, cantando bien a gusto, 'ái pidiendo corrido tras corrido..., hójole, pero ándale que me puse a pedir el mismo corrido como veinte veces, digo, 'pus está bonito, ¿no?, además, 'pus al final se supone que uno es el que paga, ¿no?...

En sí, en sí, la culpa fue del muchacho de la vigüela, pero claro, ya así como va la cosa, a mí nadie me va a dar la razón, pero a ver, piénsale... , namás porque saqué la *Luger* y tiré unas pedradas al viento. ¿No se le ocurrió decir que *pinchi viejo fantoche*? digo: eso le entendí..., o sea, tiene uno derecho a tronar su fierro cuando a uno se le antoje, ¿o no?, ¿o quién compra los tiros?, digo..., en ningún libro dice que no hay que tronar el fierro, ¿o sí?...

—Yo creo que sí, papá; si no, anduviera toda la gente vuelta loca, echando balazos para todos lados, imagínese...

—Bueno, sí, a lo mejor sí..., pero no es para tanto, pues, digo..., la cosa es que, pus, ya sabes que yo aguanto vara pues, ¡ah!, pero que no me digan fantoche, porque eso sí que no; tú me conoces, m'ija. Pus ahí nos hicimos de palabras con los músicos, y entonces dije: “ah, no, ni madres, 'ora no les pagamos, 'pos que”, y no, pus, necios-necios..., ahí estuvieron terquiando, y 'pos ándale que me caliente, y para colmo ése de la vigüela, el que te digo, ¿vieras cómo se parecía al chaparro que vimos con mi comadre Trini? ¿Vieras? No, pus que le digo que no pago y qué namás..., “por hocicón”, y que lo aseguro bien desde la mesa con la *Luger*; o sea, pero yo no le quería dar a él, sino namás reventarle la vigüela, pero 'pos ¡él estaba atrás del instrumento pues!, y 'pus...

—Ay, papá, fíjese nomás lo que hizo, y yo pensando que era nada más pleito de borrachos, ¡ay Dios!, ¿y qué le pasó al muchacho?

— 'Pos sabe..., ay, pero..., si a mí no me hizo nada el balazo que me dio tu mamá en la mano...además, el mariachero está bien joven, namás por hacerle al cuento... ¡si casi ni le salía sangreeel!...

—¿Pero cómo estuvo entonces lo de Rafa, papá? Casi no lo puedo creer...

—No, ese muñeco vale, m'ija..., fíjate que en ese rato se juntó un bolonón de gente, y, yo no se como estuvo, el caso que el muñeco acabó con la pistola en la mano, y ya cuando llegó la poli, sabe quién dijo que fue él el que tiró..., y fíjate, él ni dijo nada. 'Ái cuando lo empezaron a trepar le preguntaron que si andaba alguien con él, y pus, yo ya ni oí bien cómo estuvo, porque me fui; así, esteee..., me fui escabullendo, pues, porque la verdá sí me daba pendiente que saliera lo de cuando allá en el rancho, pues, que ya hace muchos años que pasó, y pus, quién sabe, a lo mejor todavía me andan buscando, pues... La verdá sí me dio sabe qué dejarlo ahí, asina, ¿no?, pero..., fíjate: no dijo nada... ¿Cómo te diré?..., conmigo ya quedó bien, pues... Es más, ¿sabes qué?, 'ora verás, en cuanto salga el muñeco le voy a decir que sí les doy permiso..., o sea, me gustaría visitarlo uno de estos días, pero..., ya sabes cómo soy, ya me conoces que no me gusta ir a la penal y esas cosas... Nooo, lo bueno que ya supimos que ése muñeco sí es machín, digo; 'tá bien, namás espéralo..., al fin que no creo que le den mucho tiempo. Espéralo m'ija, o sea, sí vale la pena, ¿ves?, 'ái cuando salga se casan, y pus yo les doy la bendición, y pus ya, ¿no?

# ACERTIJO

*Tan pelado el que lo dice  
como el que lo entiende.*  
El norteño

- La neta sí me latería agarrar otras ondas...
- ¿Te cai?, no mames, si eres bien acá, pinchi mudo güei...
- Neta, güei. A veces me trepo al alucín de que acá chido machín con mi ruca y unos tres morros, güei.
- ¿De güebos?
- Simondol; acá, jalando en otra madre, güei...
- ¿Ya no te pasa la talacha o qué pedo, güei?
- Nel, es una puta perriza diarina, ese, se te va la onda, güei, y ya numás llegas a tu cantón a dormir la mona, y al otro diablo iguanas, loco..., no, vale madre, güei.
- Sss, la neta que ni por aquí, ese..., como te fletas machín al jale, güei..., sss; ¿pero qué onda?, con esa pinchi placa pitera nadien te va dar jale, güei, ‘tás bien rayado..., pareces baño público, güei; ¡jál, ya te viera bien linia, bien acá, vendiendo Avon, puto...
- Cámara, pssst, ¡hey!..., si hay otros bisnes más acá, ese...
- ¿De padrote?, no mames, güei, ‘tás refeo, cabrón; luego ya’sta tienes roña en las orejas, güei.
- Pinchi culero. Nel, yo digo ondas acá, de tatema, de seso..., acá machín, fshhh...,
- ¡Jál, si te corrieron del kinder porque ya se te notaba el pinchi bigote, güei...
- ¡Pinchi patón, ese! Me cáí que la neta contigo no se puede, güei, ‘tás bien baboso, ese.
- Pero yo sí sé leer y escribir, ¡ira: ‘aistá, ¿quién se discutió con las letras?...; ¿aistá?, ¡ira: “Yan Tera”, ¿no, puto?
- ¡Pinchi patón volado, me cáil, ¡tán rechuecas!
- Porque las hice en chinga y con una pinchi brocha toda madriada, pero orita pongo una placa chida, ‘pa que guaches acá, loco...
- Psss, lloviendo me mojo.
- El Patón saca un aerosol de una caja de herramientas y se para frente al muro, agitando el envase.
- A ver, pon tu nombre -Lo reta el Mudo. En segundos, el Patón termina su obra.
- ‘Ái?stá: “Paton riFa maCHin”, ¿quiobo?
- No, psss, lo que sea de cada quién, sí te discutes, güei.
- ¿Chido, no?
- La neta, sí -responde el Mudo, y se queda contemplando la leyenda: el acertijo. “Semeace quesaes la o”; piensa, y continúa cavilando, recargado en el destartalado sillón del *Galaxie* gris que compró hace más de un año y que no ha podido reparar.
- La neta, sí me gustarían otras ondas más acá, güei —dice en voz alta, pero el Patón ya no lo escucha, está del otro lado de la avenida, aflojando birlos.
- ¡Mudo guei!, ¡pásate el gato más chingón, ese!

El mudo parece escuchar, pero no escucha. Parece estar mirando, pero sus ojos divagan.  
“Acá, con mi ruca y unos tres morros...en otro jale...”, piensa.

# ATANASIO REYES

*Al Tío Peldrín, por sus historias.*

Tío Pedro es un hombre viejo, que ya arrastra sus pasos, pero cuando se explaya contando sus charras, sus palabras siguen siendo ligeritas. Se deslizan en su plática como mariposas y dibujan las historias en el aire, trayendo tiempos y aromas, haciendo hablar a los muertos de las generaciones olvidadas.

Cuando tío Pedro pinta con su voz, los oídos se ponen atentos y los sentidos se dejan embrujar un rato, hasta que le gana la tos o el sueño, o (si hay suerte) hasta que termina la historia.

Nada menos que ayer, cuando regresé cansado del trajín, le pedí que me contara algo. Al principio se negó, aduciendo que no se podía concentrar pues se sentía mal debido a que las pasadas noches soñaba con un tal Atanasio, y que, según lo que se cree en el rancho, soñar con tal sujeto es un mal presagio. “Dicen que el tal Atanasio es mandadero de patas de cabra...yo no sé qué anda haciendo de metiche entre mis sueños, el endiablado...”

—A ver, a ver, ¿cómo está eso del endiablado, tío? -le pregunté sabiendo lo que detonaría en tío Pedro tal aguijón. Él sonrió, me guiñó un ojo y comenzó a narrar:

—Bueno pos ‘ái te va... Hace un chingo de años, vivía en Los candiles un señor que se llamaba Atanasio y que llevaba el Reyes por apedillo...

—O sea, Atanasio Reyes, se llamaba.

—Ejé...

—¿Y entonces?

—Ah, ‘pos ése hombre era muy famoso por estos lares. Hasta le compusieron un corrido... ¿No has oído el corrido?

—No... ¿Cómo va?

—Va como..., ‘ora verás, como: *ta-raira-ta-rararaira, taraira, tarararaaaaira...*

—¿Y la letra?

—La mera verdá, no me acuerdo...

—Bueno, bueno, ¿y?

—¡Ya me hice bolas!... ¿En qué íbanos?

—¿‘Pos qué pasó con Atanasio?

—Ah, ‘pos era famoso porque la gente decía que estaba endiablado, figúrate...

—¿Herio?

—Herio!, que yo sepa es el único que se ha muerto tres veces

—¿Herio?

—¡Herio!

—A ver, a ver, ¿cómo, cómo?

—Ah, ‘pos una vez en una creciente se lo llevó el río con todo y caballo. Entre tamañas piedras y ramajales quedó atorado el pobre.

—¿Adió?

—¡Herio!, tardaron dos días con sus noches para dar con el cuerpo, y se lo hallaron bien ogado, lo que se dice ogado..., si y’asta tenía los ojos medio sambutidos.

—¿Y luego?

—Ah pos, lo recogieron sus parientes y le hicieron su velorio y toda la cosa.

—¿Y?

—Ah, ¿pos ándale que entre padrenuestros y ruegaporeles, que se levanta el condenado y se sale del cajón.

—Adió...

—¿No te digo? Se levantó el hombre aquél con sus ojos sambutidos y le pidió a su señora un taco de nopales, así muy como si nada... Sí estaba un cuanto medio destantiado por el gentiyal en su casa y todo, pero sereno el Atanasio. No, si la gente salió bien asustada..., si hubo desmayatados y todo...

—Hee...

—Con decirte que una tía del dijunto, doña Cleta, Dios la guarde, jué la que logró el velorio...

—¿Herio?

—¡Herio!, quedó bien tiesa la pobre al mirar que el otro se levantaba de un jalón..., ¡imagínate nomás el sustazo!, y el Atanasio que se va muy campante a cenar...; se convirtió de dijunto en velante, ¡figúrate!

Tío Pedro comenzó a forjar un nuevo cigarro, y a la antigüita, a eslabón y yesca, lo encendió.

—Oiga tío... quiere decir que entonces lo hubieran enterrado vivo.

—¡Qué vivo ni que ojo de hacha!, si' estaba retemuerto.

—Tío..., pero usted dijo que se murió tres veces.

— 'Pérame pues, que voy p'allá, no quiera comer cajeta antes de meniar el cazo...; pos la segunda muerte está todavía más canija. El caso es que pasó el tiempo, unos tres cuatro años..., no, no... a ver, pérate..., han de'ber sido unos cinco años..., sí, porque ya estaba yo más mediano; es más, yo mismo juí a Los candiles a ver el cuerpo, ¡ah!, porque para esta vez hubo muncha curiosidad en la gente, bajaron de todas las rancherías. Hasta vino un fotógrafo del municipio, quesque a retratar al Atanasio, 'ora sí bien muerto. Me acuerdo bien que el fotógrafo era un señor al que le faltaba una pierna y que se vino en muletas cargando cámara y todo.

—¿Y el Atanasio?

— 'Pérate pues, ¿no te digo?, déjame contarte bien, pues... 'Pos ándale que al Atanasio le daba por agarrar la peda cada que se venía la fecha de su aniversario de muerte, y fíjate lo que son las cosas, andando en pleno festejo le pasó lo que le pasó...

—¿Qué?

—¿Cómo "qué"? 'Pos se volvió a morir.

—Sí, pues, tío, pero ¿cómo?

—Ah, pos, ¿Ya te dije que agarró el pedo, verdá?

—Sirol.

—Ah, 'pos, de tan hasta el culo que se puso, se quedó bien dormidote en una parcela.

—¿Y se murió de la peda?

—No, esa vez no...

—¿'Ton's?

—Ah, 'pos por 'ái andaba el papá de Nicanor Briones, con el traitor en chinga con la rastra, escardando un pedazo; por cierto, ése jué el primer traitor d'estos lares...

—¿Y?

—Ah pos, que cuando el papá de Nicanor, que no me acuerdo cómo se llamaba..., se llamaba..., 'ora verás..., ¿o se llama?... oye, de veras, ¿ya se moriría don éste?

—¿Cuál "éste"?

—¡Pos el papá de Nicanor!

—Sepa.

—Ah, qué caray!, ¿lo que son las cosas, verdá?

—Sí, pues, pero sígale que ya me tiene picado...

—Ni que fuera gorgojo...

—Ándele tío, sígale.

—¿Con qué?... Ah, sí, sí..., ‘pos acabando la tarea, cuando salía de la parcela con los discos del traidor todavía arrastrando, no miró al Atanasio entre el zacatal y le pasó por encima. El señor, al ver lo que había pasado, se jué corriendo a pedir ayuda, y cuando trajieron al doctor, el Atanasio ya’staba bien muerto. Tenía las rayas de los discos en la cara, el pecho, la panza y las rodillas, ¡Si yo lo vide!

—¿Y qué pasó?

—Ah, ‘pos, que se lo llevaron a su casa de Los candiles a velarlo por segunda vez. Como te dije hace rato, al velorio juimos muchos parientes y no parientes, muchos curiosos, y sí, ‘taba todo cortado, tenía la mueca chueca y ‘ora los ojos medio chiboludos

—¿Y cómo estuvo que revivió?

— ‘Pos casi como la otra vez..., estaba en friega la rezadera, ¡si yo lo vide! El fotógrafo se había acomodado en una silla junto al cajón que estaba abierto, para dizque retratarlo de cerquita, cuando, sin decir agua va, se levanta el canijo Atanasio dando un estornudo que a todos nos asustó. Hubo saltos, brincos ¡y una gritería! “Se volvió a levantar”, dijo alguien. “Este es hijo del chamuco”, dijo doña Cirila..., “¡ay cabrón!””, dijo el fotógrafo al darse cuenta de que había dejado muy lejos las muletas, y al no poder correr, que se abalanza sobre la espalda de don Rosendo, y lo apretó del cogote para no caerse. Pobre don Rosendo, se murió creyendo que era el Atanasio el que lo apretaba, ¡tenía una cara de cagado!... En fin, la cosa que allí también se aprovechó la mortaja.

—¡Ah qué caray!, está de no creerse.

—¿Verdá que sí?, ¡no!, y espérate a la tercera

—Oiga, tío, de veras, ¿ésa cómo estuvo?

—Uy, ésa si estuvo bien macabrona...

—¿Herio?

—Herio!... Después de lo de don Rosendo pasaron otros años, serían otros cinco..., no..., miento, ¡tres!; sí, porque yo apenas andaba de volado con Chela... En fin, el caso que en la última ya lo llevaban al pantión.

—¿De plano?

—Sí, ya lo tráiban con los pieses por delante.

—¿Y esa vez por qué le bailó?

—Por pedo. Lo que pasa es que a esas alturas ya todo le valía sorbete. Se aprovechó de la fama que había agarrado y se puso a chupar, pero a lo lindo. Comenzó a vivir de prestado, y como todos le tenían miedo, por no decir terror, ‘pos nadie se animaba a cobrarle, y él: agussstto. Se pasaba gritando que él era Atanasio Reyes, y que al que no le guste el fuste que lo tire y monte a raíz...

—¿Tanto así?

—Por Dios. El chiste que agarró la jarra bien tupido hasta gomitarse sangre y bofes y cochinerito y medio, y pos... se murió otra vez. Ah, pero esta vez vino más gente, no'mbre, ¡era un gentiyall!, y muchos nomás venían a ver si se levantaba otra vez.

—¿Herio?

—¡Herio!

—¿Y qué pasó?

—¿Ya te dije que ya lo llevaban al panteón verdá?

—Ey

—Ah, ‘pos ándale que a medio camino ¿no se les empezó a sacudir adentro de la caja?



—Voy que...

—No, si te lo cuento porque ¡yo lo vide! ‘Ái tienes que los que lo iban cargando se asustaron tanto que largaron por allá el cajón.

—Hombre, ‘pos, entonces si estuvo la cosa peliaguda, ¿no?... ¿Y qué?, ¿se salió?

—Pos mira, ya había asomado una manita, cuando sabe Dios de dónde salió un julano chaparrito, así prieto, medio charro de las patas, ¡Y-que-lo-sur-tea-ma-che-ta-zos! “TOMA-TEN-JIJO-DEL-DESTE-YDEL-OTRO...”, que le dice...

—¿Y qué, nadie hizo nada?

—NADIEN... Todos nos quedamos bien quietos, nomás pelando los ojotes. Haz de cuenta que se paró el mundo por un ratito. Nomás miramos al chaparrito bañándose con los chisquetos colorados que le salían al Atanasio.

—¿Y qué? ¿Así nomás quedó la cosa?

—No'mbre, el chaparrito voltió ‘pa todos lados, bufando como torete y enseñando tamaño machetón, y hasta dijo con la voz medio quebrada: “la tercera es la vencida, ¿qué no?”. Todos nos quedamos calladitos, y hasta eso, conformes: ¡‘pos si era la pura verdál, no juera ser que se nos muriera otro inocente; ya te digo, BIEN CONFORMES, con decirte que ni la esposa dijo nada, ¡ni el papá!... Los cargadores se lo echaron otra vez en hombros y el sepelio siguió como debía de ser.

—Adió...

Yo me quedé pensando un largo rato junto a tío Pedro, que ya se forjaba otro tabaco, le di vueltas al asunto, y le dije:

—Oiga tío..., entonces el Atanasio no se murió tres veces..., ¿o qué?...

Tío Pedro se carcajeó hasta donde pudo, tosiendo y arrojando los gargajos en un paliacate.

—Todavía estás como cuando chiquillo, chacho: ¡es charra, m’ijo, no se clave..., es charra nomás!

# DANIELA

## I

Llevaba un buen tiempo espiando a esa chica. En el pueblo abundaban las muchachas agraciadas: piernudas, güeras, trigueñas, chapeteadas, de ojos zarcos; pero lo que don Rupertino precisaba, sólo lo tenía ella. A las demás, cuando no les encontraba las manos muy grandes, ya les notaba el bigote, la pestaña de tejaban, o los brazos muy peludos; el caso es que esperaba con ansia los días jueves para poder admirarla. Ella le traía la inspiración necesaria para revivir sus años mozos. Por alguna razón, se sentía reflejado en ella. Por esas fechas venía mascullando la idea de darse una escapada del caserón para regresar por unos días a la ciudad de sus triunfos políticos y financieros. “Y si me siguen otra vez esos cabrones del periódico, total, les digo que lo de los desaparecidos es cosa juzgada y que no hay más, que le busquen, al fin que...” Esto cavilaba el viejo, cuando al pasar junto a una fuente se detuvo ante la figura esperada. Era ella. Llevaba el pelo suelto. “Espero que no se me vaya sin decirme su nombre...”, pensó, “debe tener un nombre hermoso”. Antes de que la joven bajara los escalones de la plaza, don Rupertino le dio alcance con pasos ligeramente saltarines, graciosos en alguien de su edad.

—Señorita...—habló, con la respiración entrecortada.

—¿Mande? —la muchacha esbozó una sonrisita de cortesía.

Don Rupertino dudó un instante, antes de proseguir.

—Perdone... ¿Sería grosero de mi parte si le pregunto su nombre? -le dijo agitado.

—Sí —contestó la joven, con una nueva sonrisa— pero no le hace... me llamo

Daniela...—concluyó la chica, quien dio media vuelta y siguió caminando despreocupada.

Don Rupertino sintió que era su día de suerte, sin duda, el encuentro le significaba una victoria. “Gracias a Dios no se llamó Herculana: qué bonito nombre tiene..., me gusta ese nombre... El próximo jueves le daré un regalo en muestra de gratitud, es la primera chica amable que me topo en años...”, pensó el anciano, que no cabía en sí de contento. Al pasar frente al Santuario escuchó las campanas de las seis de la tarde: *tín-tun-tan, tín-tun-tan*, y le pareció que decían “Da-nie-la, Da-nie-la”. De regreso a la casona, don Rupertino llevaba aún en su interior, el canturreo campanil con el nombre de Daniela, rebotando como un eco travieso.

## II

—Ora sí que se tardó, don Ruper, ya pasa de las seis, ya me tenía con pendiente -le espetó Dolores, su sirvienta de tantos años.

—Pero ya llegué, achaques, ya no te preocupes...

—¡Ah que Don Ruper!, ora viene muy vacilón, ¿ pos qué le pasó que anda de buenas?. ¡Ah!, y me llamo Dolores eh, ya no me ande diciendo de otro modo, que ya sabe que yo no me llevo...

—Dolores, achaques, da lo mismo...

—Oiga...

—¿Qué pasó?

—Vino el señor ese larguchón que parece medio puto...

—Fabiano.

—¡Ándele!

—¿Y?

— ‘Pos ‘ái le dejó un encargo.

—¿Dónde está? —preguntó el viejo, notablemente ansioso.

Dolores, que tenía las manos ocupadas con la escoba, señaló con su barbilla cacariza un paquete que yacía sobre la mesita de la sala. El anciano literalmente saltó sobre el paquete y se introdujo apresurado a su cuarto, al tiempo que desbarataba el envoltorio de celofán y sustraía de él un vistoso vestido de noche con aplicaciones en plumas y lentejuelas. Lo miró una y otra vez, jadeante, feliz. Escudriñó hasta el más mínimo detalle frente al espejo, sujetó con su mano derecha una manga del vestido y con la otra rodeó el talle, recargó sobre su pecho la prenda y comenzó a bailar, imaginando un sonar meloso de bongoes y piano. Con sus párpados viejos, casi transparentes, bien cerrados mientras cantaba *in crescendo* “Da-nie-la, Da-nie-la”, y al punto del clímax de la canción, remató con un “¡Danieeeeeeeela!” muy sonoro. En ese justo momento apareció Dolores en el umbral con un sacudidor en sus manos, y luego de observar al viejo y de escanearlo de arriba abajo, mirando cómo apretaba contra sí la prenda, comentó: “don Ruper, semeace que ya se le peló la bailarina...”. Nerviosamente el viejo hizo bolas el vestido y lo arrojó sobre la cama, y dando un gran suspiro se llevó las manos al pecho.

—¡Pinche Dolores!, un día de estos me vas a infartar si no tocas antes de asomarte.

—No, ¡yo no!, lo van a infartar sus viagras y sus lagartonas.

—Ay, achaques..., mira..., no te andes metiendo en lo que no te importa..., mejor ¿sabes qué?...mejor ayúdame con esto...

El viejo se dirigió al armario y corrió una de las puertas. Al aspirar un fuerte olor a naftalina, no pudo evitar sentirse invadido por la nostalgia.

—¿Va a sacar las cosas de la señora, don Ruper? A ver si no le viene a jalar las patas en la noche, no me diga que otra vez ya las quiere regalar...

—Mira —interrumpió el viejo, sin replicar a los comentarios de Dolores.

Sacó varios pares de zapatillas y los colocó sobre la cama, verificando si hacían mancuerna con el vestido nuevo —me pones todos estos triques en la maleta café; pones unos dos cambios más y una pijama, todo bien acomodadito, ¿eh?

—¿Va a salir?

—Yo creo que si Doloritas...

—¿Siempre no va yír mañana a las carreras?

—No.

—¿Ni al boliche?

—Tampoco.

—¿‘Pos a dónde va, que parece que yaleanda por llegar?

—Achaques —dijo el viejo, dubitativo—, me voy de parranda, ¿okey?, mira, dile al chofer que tiene libre el fin de semana, que lo espero el lunes ..., es que..., tengo una cita con una persona a la que acabo de encontrar hoy, luego de mucho tiempo...

—¿No le digo?

### III

“La suite está preciosa..., ya casi no la recordaba”, pensó don Rupertino, mientras le daba propina a un muchachito enjuto de aspecto gris. Encargó al servicio dos botellas de escocés y

mucho hielo. Pasado un rato, entre trago y trago, repasaba el viejo un montón de *flashbacks*, que se le aparecían de pronto en avalancha, como si se hubieran despertado con su entrada en la misma suite donde solía hospedarse en aquéllos años de apogeo, cuando estuvo a cargo de La Secretaría. *Licenciado, ¿por qué no aclarar de una vez por todas lo del enriquecimiento ilícito?, “a ver, espérame pues, ya te dije que eso te lo explica el juez ¿no?” Son veintidós desapariciones MUY CONVENIENTES durante su gestión, licenciado, ¿su conciencia está tranquila?, “Mira, pendejita, la historia me va a juzgar, yo soy un hombre íntegro, yo nunca he matado a nadie”...Licenciado, ¿qué nos va a decir sobre la adquisición de la casona de La esmeralda?, ¿ignoraba usted que la inmobiliaria era propiedad de de los Amézquita? “Para eso hay leyes, cabrón, yo no soy ningún delincuente..., si de veras fuera tan criminal, ya te estaría yo amenazando con que SE TE VA A QUEMAR TU CASA, por todas las babosadas que has escrito...*

El viejo, ya encendido por el escocés y por las evocaciones, decidió tomar cuatro, “no, cinco..., no, mejor ocho tabletas”, y se las bajó con un trago directo de la botella. “Pinchisperiodistas muertosdehambrehijosdelachingada”. En tanto esperaba el ansiado efecto, tambaleante extrajo de su maleta las medias, el vestido, un neceser y las zapatillas. Con la mayor delicadeza posible, fue colocándose cada prenda.

Cuando terminó de maquillarse miró una y otra vez el entallado vestido sobre su figura. El suave tacto de la tela sobre su vientre detonó en el viejo una súbita calentura. Al recorrer con su mano pellejuda el pubis, sintió una desbordante excitación. Se miró al espejo, sacó su lengua cuarteada y la paseó por sus labios. Se apretó los pezones con las uñas, diciendo “ay, qué chula estás, Daniela”. Sintió el violento trepidar del corazón, inexorable galope de cien caballos en el pecho. Fue entonces que cayó en la cuenta de lo que había hecho. Sintió una repentina presión sobre el esternón, como una bola de boliche cayéndole encima.

Mientras se desvanecía lentamente, pudo contar veintidós rostros fantasmales que contemplaban la escena mortal, rodeándolo, mirando sin gesticular. Los maldijo entre espumarajos. Maldijo también a los tabloides y a las televisoras que retratarían la escena. Y maldijo todo.

# RICO RICO

Un aroma de especias flotaba en toda la casa. Doña Catalina iba y venía del fogón a la mesa, meneando cacerolas y volteando las tortillas. En tanto Baudelia, su nuera, de unos diecinueve años, la observaba atenta en sus trajines, admiraba la capacidad de su suegra para hacer seis labores a la vez, y además, conversar como si nada, sin agitaciones.

—No te creas que es tan bonito. Eso piensas ‘orita porque ‘tás nueva, pero vas a ver que en cuanto te pongas vieja, ni en el mundo te va a hacer Antonito. Yo sé lo que te digo. ‘Orita sí, como no, te ha de aventar pilas de flores, te ha de prometer hasta trabajar..., pero ‘pérate, no tarda mucho en enseñar el cobre. Si es igual que su papá. Pero bueno, coste que ya ‘tabas advertida. Pero ándale, prueba el molito, ‘ái y tú me dices cómo quedó...

Baudelia comenzó a sopear con lentitud y sin decir palabra. De un solo tirón se bebió luego un tarro de atole blanco y se limpió la boca con un extremo de su delantal. Doña Cata se la quedó mirando, como si se viera a sí misma frente a un espejo, luego sacudió la cabeza y dejó salir un gran suspiro.

—Ah, si vieras tú cómo tenía yo de pretendientes. ¡Así!, ¡por puños los echaba mi papá de la casa! Con decirte que hasta tu tío Felipe andaba querenduco, pero yo me daba mi paquete. Me ponía muy seria, voltiando pa’ todos lados y enchuecando la trompa. Pero mira si es uno tonta, habérseme escapado Miguelito Robles. La de dinero que tuviera yo a estas alturas! ¿No has visto el casonón que se hizo por el atracadero?, ¿no?, yo creo que fácil le caben quince corrales como éste nomás en el corredor. ¡Y cómo me quiso Miguelito!..., y me rogaba como no te das una idea. Me mandaba flores y cartitas, y mira lo que son las cosas, se vino casando con Elenita Gutiérrez, que le ganaba como con diez años... Y yo, me fui a enredar con Toño, nomás por guapo. ¡Pero ándale, m’ija!, come bien, que ‘tás reteamarilla, ándale, come, come...

Con desganos, Baudelia enrolló una tortilla con sal y la enjugó en el mole espeso.

—Ya te digo, ‘taba reguapo Toño, y hablaba bien bonito. ¿Tú crees? Me decía que se iba a hacer artista de cine, que se iba a hacer rico y famoso, y que me iba a llevar a vivir a México. ¿Tú crees? Pero ‘onde fui yo a pensar que de veras lo iba a ser, ‘onde le fui yo a creer todito. Primero me daba un gusto verlo acostadito en el petate a pleno mediodía. Yo de veras que pensaba que tenía que cuidarse la estampa. Le arrimaba sus chanclotas y le ponía el almuerzo calentito a un lado, pa’ que no se levantara. Pero ya ves, se fue pasando el tiempo. Como no queriendo, se me fue pasando a mí también la esperanza de verlo en sus triunfos. Me fui acostumbrando a sebarlo de oquis, como puerco de vecino. Nunca fue bueno para arrimar un etrólitro de maíz, nunca se enseñó a trabajar la yunta. Nadamás se la vivía acostado y leyendo revistas que le traían de Guadalajara y que yo pagaba de mala gana con lo que me ganaba de mis gallinas o de los bordados. Y ‘ái lo tenías, todo guandajo, echado diario. Ah, pero no se me ocurriera reclamarle, porque entonces sí se volvía actor, y de los buenos. Se levantaba como enchilado y sacudía toda la casa con sus berrinches. Me decía que ya llegaría su tiempo, que ya lo vería yo a él, muy rico, “lo que se dice rico”, llegando al pueblo en un camionetón, y que por pinchi incrédula ni siquiera me iba a dirigir la palabra... ¡Huy!, mejor ni te cuento la sarta de cosas que soltaba de repente. Y luego, ya que me veía media siscada, luego me quería contentar con que le tuviera fé..., y ya ni sé cuánto chorro más. Y fíjate, lo chistoso..., siempre, al último de cada pleitillo, se soltaba ¡con una chillata!, parecía güerfanito el pobre. ¡De veras, m’ija!, así como te digo. Yo yasta me sabía de memoria lo que tenía que decir. Pero eso sí, acabándose la

lloradera ¡Nos dábamos un gusto en el petate, que pa' qué te cuento!... Ya quisieras, que en eso sí no tenía quejas, al menos una vez por mes...

Baudelia, un tanto apenada, se sonrió tímidamente, y por fin quiso intervenir.

—Oiga, doña Cata, 'pos a mí Antonito me cuenta puras cosas 'ái por el estilo..., ya me están dando hasta nervios.

Doña Cata, que mordisqueaba un terrón de piloncillo, por poco se atraganta al apurarse para responder a su nuera con una risotada.

—Dice el dicho que hijo de tigre... —luego tomó un trago de atole y se acercó hasta Baudelia en tono confidencial— Y que ni te oiga Antonito, m'ija, ¡Se pone igual o pior que el papá! Ése dice que él si va a llegar lejos, que no va a quedarse con las ganas, pero 'ái va, con las mismas trazas... Yo nomás te digo. Mira: al Antonito su papá le metió muchas cosas en la cabeza. ¡La de cuentos que le contaba! que ya' estaba a punto de firmar contrato, que sabe qué..., que hizo giras por quién sabe dónde... ¡Mángos, 'pos qué!, puro güirigüiri, y 'ai'stá el otro sope, entelerido con el padre... Y 'ora pos, ni quien le quite la loquera; por eso te digo: 'bías de enseñarte a bordar o algo, porque de loqueras no se come. No te vaya a pasar lo que a mí, que éste hijo de su pelona acabó por colmarme la pacencia. ¿Cómo ves que ayer se encabritó porque le dije que me ayudara a desgranar unos moloncos pa' los guajolotes? Me salió con la misma canción de siempre, que ya cuando él fuera rico, que no sé qué tanto. Bueno, me encabroné tan feo que le grité en las orejas: ¡vas a ver que yo sí te hago rico, cabrón!... Créeme, que yo nunca le había rezongado tan así..., ¡pero me dieron unas ansias!

—¿Y qué dijo él, doña Cata?

—¿Qué?... nada. Como que se destantió con la gritera que le puse. ¡Ay! Cuando lo vi con esa cara de changuito, se me acabó de caer del pedestal, m'ija. Toda la noche me la pasé pensando: “vas a ver, cabrón que yo si te hago rico de a de veras”.

Baudelia volvió a ponerse roja de la pena, y dejó entrever una sonrisita pícaro.

—Ay, doña Cata, cómo será...

—Y se lo cumplí, m'ija... Se lo cumplí al cabrón...

Entonces Doña Catalina levantó su rostro y se puso repentinamente seria, enchucando la boca, como en su juventud, y luego de un pesado trago de saliva, con voz profunda dijo:

—Con chile guajillo y jitomate todo queda rico, m'ija, ¿a poco no quedó rico de veras?

# PABELLÓN 2

# ARS SINTÓNICA

*“Luego yo soy un recuerdo de ese hombre y  
si ese hombre me olvida moriré...”*

Salvador Elizondo, en *La historia según Pao Cheng*.

Cuando Gilberto Lepe —mi amigo, que es músico de profesión— escuchaba una tonadilla de moda, generalmente se detenía unos instantes a imaginar la partitura, y luego de lo que parecía un breve reconocimiento, asentía y declaraba: “ésa a mí se me ocurrió primero”, después daba detalles de la fecha y la situación en que tuvo origen la epifanía. Ejemplo: la vez que lo invité a comer mariscos y escuchó en la rockola las notas de “Tiburón, tiburón”, hizo primero un gesto como de quien quiere estornudar, luego dijo: “ésa se me ocurrió una tarde en que pasaba junto a una marimba en Veracruz, y mira..., la tonada es igualita a como yo la imaginé...”. De poco o nada hubiera servido explicarle que Mike Laure tuvo la misma ocurrencia algunos años atrás. En fin, esa es la manía de Gilberto, y mi deber como amigo es darle cuerda y poner cara de asombro, lo mismo cuando se adjudica alguna composición, como cuando me confiesa que no ha escrito nada nuevo en meses. Lo curioso es que de un tiempo para acá he tenido experiencias análogas a las de mi amigo. La primera me sucedió en la presentación del libro de cuentos de Sir Hilo Black, a donde asistimos Gilberto y yo, movidos más por el morbo que por un interés genuino en la producción literaria de este paisano, que piensa que el recién recibido título de *Sir*, le otorga autoridad para publicar cualquier cosa. Decía sobre esa primera vez: ya habíamos tomado lugar en la primera fila, cuando reconocí una de mis historias en la lectura del *Sir*. Se trataba del cuento en donde una mujer confiesa haber cocinado a su marido. “ése cuento yo lo escribí primero”, le dije quedamente a Gilberto. “Ajá”, me contestó él, con su habitual laconismo; no me hizo gran caso, sin embargo, lo que yo decía era cierto. Después, en la lectura del cuento del hombre que muere tres veces, volví a comentar con Gilberto luego de un ligero codazo: “y ése, ¿te acuerdas?, lo leí la otra vez... ¿Sí te acuerdas, no?”. Gilberto volteó extrañado y me dijo: “Ajá; sí me acuerdo”. Yo comencé a sentir tal exasperación, que literalmente me puse a temblar, envuelto en una rara sensación de sorpresa y desconcierto.

—¿Te das cuenta? —le dije a mi amigo.

—Ajá —respondió al tiempo que masticaba ruidosamente un puñito de cacahuates garapiñados- ¿de qué?

—¡De que me están robando las historias! —le dije desesperado. Él arrugó el rostro y se rascó la cabeza.

—No te apures hombre, estas cosas pasan...

Yo le mostré la mueca más exagerada de indignación que encontré en mi repertorio muequil.

—¡Pero esas historias son mías! —grité. Noté entonces que algún sector del auditorio estaba molesto con mi berrinche, al grado que Sir Hilo Black detuvo su lectura y me lanzó un mohín despreciativo, al tiempo que decía en un tono algo pedante: “disculpe, señor..., ¿puedo continuar con la lectura o esperamos a que se termine su ataque de nervios?”. Yo no supe qué contesté, sólo recuerdo que manoteaba sin parar, contrariado por la tranquilidad de Gilberto, que me sacó del lugar con las maneras de quien lidia con un histérico. En el pasillo me ofreció un vaso de agua fría, en tanto me explicaba:



—Mira, como te digo, esto suele suceder —luego puso su cara de estornudo, atento a una pieza que interpretaba un cuarteto de cuerdas en la sala de enfrente—. ¡Ah! —exclamó saboreando las notas—, ésa se me ocurrió hace dos veranos, cuando viajaba en el tren, en Praga. Agregó. Por supuesto que no le aclaré que la pieza era de Vivaldi, ni quise herirlo recordando que YO SÍ SABÍA que él jamás ha salido del país en su vida.

—Es cuestión de acostumbrarse —me dijo, y me dio una palmadita—. Mira; las historias no le pertenecen a nadie, y en el fondo no interesa si se te ocurrieron a ti o a cualquier otro... Yo también padecí ese sentimiento difuso que te atormenta cada que descubres una historia tuya firmada por alguien más... ¡En serio! A mí también me acomplejaba ese fenómeno. Y bueno, no sé si lo leí en algún libro o si alguien me lo dijo, lo cierto es que tengo la teoría de que las ideas musicales, así como las literarias, son como vibraciones emanadas por el inconsciente colectivo. Estas vibraciones vagan erráticas en el éter y, ¡claro!, de pronto, algún sujeto sensible (generalmente un artista) las decodifica y las exterioriza, las plasma, eligiendo algún lenguaje próximo a su cultura y situación..., pudiendo ser éste la pintura, la escultura, la música..., las letras, ¿entiendes?; en esencia lo que nos cautiva de una obra no es la obra en sí misma, sino el reconocimiento velado de que ese sujeto sensible ha podido expresar algo que nosotros entendemos con la no-razón, y que de haber podido materializar en alguna forma del arte, lo hubiéramos hecho tal y como lo hizo aquél... ¿Entiendes?

Yo me quedé alelado con la disertación de mi amigo, no sé si por lo revelador del mensaje o por la sorpresa de escuchar más de quince palabras consecutivas salir de su boca. Al notar mi aturdimiento, Gilberto continuó, ya encaminándome de regreso a la sala, donde Sir Hilo Black continuaba su lectura.

—No es de extrañar que dos o más personas capten una misma vibración, ¿entiendes?, aunque en teoría es muy poco probable, dos o más individuos pueden sintonizar el mismo canal simultáneamente; cabe la posibilidad de que el mismo mensaje sea decodificado en diferentes puntos geográficos, e incluso, en diferentes momentos históricos: de pronto pueden darse los pastiches inconscientes, irreflexivos, o como yo les llamo, *no deliberados*.

Al reingresar a la sala, Sir Hilo Black, que prologaba su quinta lectura, hizo una pausa que me pareció siniestra y esperó hasta que nos acomodamos en el sitio que amablemente nos indicó el coordinador del evento; en el rincón más alejado del recinto. Al enfocar mi astigmatismo sobre la boca del escritor, que anunciaba su lectura de cierre, se me ocurrió que sería interesante escribir este singular pasaje de mi vida; agregando, por supuesto, la extravagante teoría expuesta por Gilberto en los pasillos. Saqué mi cuaderno de bolsillo y mi Mont Blanc pirata para hacer la anotación esquemática de la idea, cuando caí presa de un extraño sopor (como el que avasalla a mis personajes literarios en alguna intrincada escena solipsista) al escuchar de viva voz de Sir Hilo Black, la lectura de un cuento en donde el personaje central de la historia tenía un amigo que se llamaba Gilberto Lepe, que era músico de profesión y que cuando escuchaba una tonadilla de moda, generalmente se detenía unos instantes a imaginar la partitura, y luego de lo que parecía un breve reconocimiento, asentía y declaraba: “ésa a mí se me ocurrió primero”.

# EL HECHICERO INMÓVIL EN EL CUARTO DE HOTEL, FRENTE AL ESPEJO.

Le dijeron que para tener acceso al Segundo Congreso de Transfiguraciones de la Asociación, era necesario primero convertirse en miembro. Se inscribió, registró sus documentos...Y ahora, en el día decisivo, no sabe cómo caminar con esas obtusas extremidades ovoidales.

# EL CHATO

--Ay, comadre Licha, yo aquí me le rajo, 'ái después vengo y le pago a la virgen..., 'ái que me lo apunte pa' cuando ya no traiga este juanetote...—dijo doña Pachita poniendo en su cara colorada un rictus de agotamiento.

--Pero si apenas llevamos un ratito, comadre, todavía ni vamos en *La atrevida* y a usted' ya se le cansó el caballo, pa' eso me gustaba... —le recriminó Licha, haciendo un paréntesis al cuarto rosario.

—Ya la viera yo con mis dolencias... , ¡ay diosn!, que siento un acabamiento como si juera dar de nalgas en cualquier rato.

Llevaban cinco horas de caminata desde Los Mezquites y Talpa; les aguardaba en algún punto lejano, en una hora incierta. A plenas doce del día eran dos figuras apenas diferenciadas del paisaje.

—Y a usted' que se le ocurrió esta tarugada de caminar reculando..., diantre de comadre Licha, yo no sé cómo le vine a hacer caso... , si caminando pa' delante se lleva uno cuatro días, cuantimás vanos hacer.

—Ay, comadre, no se amozongue, que yo no la traje a güevo, le dije bien clarito..., además...es una manda, 'posquélachingada, y ya mejor, si quiere, 'ái se arrejola en un palito a ver quién la levanta, que yo ya empecé y 'ora no me paro hasta llegar a Talpa.

—Pos 'ora verá que sí me voy a aplastar en una sombrita, comadre, si parecemos pendejas caminando de culo, y en estas fechas, comadre, ya ni la chinga; viera escogido febrero o marzo cuando sí anda gente a pata por 'onde quiera.

Licha ya no respondió. Siguió con el rosario entre las manos mirando a doña Pachita que se sobaba las plantas, sentada sobre una piedra bajo una sombra huraña de güizache. “Qué curioso”, pensaba, “se meace retechistoso que no paro de rezar y se me va la cabeza para otros lados” *Santa María Madre de Dios, ruega señora por nosotros los pecadores...* “Y te prometo virgencita, que si me libras de la tentación, me vengo cada año en estas fechas a darte las gracias y a llevarte flores” *Dios te salve María, llena eres de gracia...* “Ay pobre de mi Pablito, de veras Pablito que jué sin querer, yo qué iba a saber que te me ibas a morir del susto, Pablito..., ¡ay Dios! ..., 'ora semeace que ya ni quiero ver al Chato, de veras..., cuando menos en los tres años que te juré, Pablito, ay ... *Ruega por nosotros los pecadores...*”. Ayer fue el último día de tu novenario, Pablito, y no sabes qué de afeo se siente; toda la bola se me quedaba viendo, y hasta tu papá me dijo que pa' qué tanta chillata y tanto brete, si lo que me daba era gusto; pero vieras que no, vieras que me agarra de veras el remordimiento..., sí, ya sé que no fue gracia, pues, pero mira, te lo voy a contar con pelos y señales, al fin que tu yastás juzgado y 'pos yo creo que donde te andes algo me habrás descuchar, Pablito. Mira; ¿te acuerdas cuando te salió la fistula en una pata, que ya ni podías andar?, ¿te acuerdas?, que te llevaron tus hermanos de urgencia a Guadalajara. 'Pos ándale que, sí pues, sí pues..., 'tabas internado, pues..., ya sé que no estuvo bonito eso, pues, pero condenado, me dejates con el braseral en el jogón; si ya tenías como dos meses que nada de nada, y 'pos tú ya sabías que yo, 'pos... ¿Qué iba hacer, Pablito, a ver?, si te me ponía de un modo y de otro, y 'pos nomás nada, diantre. Pos esa vez vino el Chato a dejarme unas panelas que nos mandó doña Chole, y 'pos yo le invité un taquito de frijoles... 'Pos tú en el hospital y yo ya con unos días de comer a deshoras, porque tú sabes que pa' comer sola no me hallo, y 'pos total, que asina estuvo la cosa...”

El freno de motor de una cañera sobresaltó a Licha, que seguía caminando de espaldas, con el rosario muy bien agarrado. Desde la cabina se escuchó un grito: “¡así ha de ver sido el favor, chula!”. Licha entrecerró los ojos y apretó su rosario. Pasados unos instantes, retomó su charla con la imagen de un Pablito etéreo y expectante a su costado.

“Ya te digo, Pablito..., total que cuando vino tu papá y me dijo que te ibas a quedar otros días..., ay..., ya sé que no estuvo bonito eso de que me diera gusto, pero qué quieres, si el Chato me había pedido de favor que le hiciera el bastimento del otro día, y ‘pos yo yastaba apalabrada, y ‘pos ya ves que cuando quedo en algo, ‘pos... ‘Ái tienes que sí jué el pinchi Chato, pero me cayó muy tempranito, que porque se iba al coamil de *La tetilla*, y asegún él no quería que lo agarrara el solazo, y además, quesque no quería corretiar tanto a su caballito durazno..., ay..., pero mira lo que son las cosas, Pablito, ‘pos me agarró todavía enjaretada en el tapeiste con el poncho de cuadritos, ay..., malhaya cuando se friegó la tranquita de la puerta..., y yo te dije..., arregla esa tranca, Pablito, por que un día se nos va meter algún malditillo; y ‘pos se metió el Chato, y que me dice: “uh, yo ya hacía las gordas bien calientes, Licha, pero semeace que se me cebaron...”, y yo que le digo que no, que cómo creé, que orita se las hago, y ‘pos con eso ques tu primo de muncha confianza, ‘pos me levanté asina como andaba, pero nunca me acordé de que tráiba puesto nomás el fondo amarillo, y ‘pos...ay..., el Chato nomás se quedó viendo ¡Con unos ojos!... y ‘pos ‘ái tienes que ni me dejó arrimarme al ropero..., pinchi Chato cabrón..., de buenas a primeras se me dejó venir, y ‘pos...”

Desde otra cañera en marcha se escuchó el grito: “¡comadreee, súbase..., éstos van pa’ Talpaaaa..., si no se sube la va alcanzar el diabloooo!”. Licha siguió como si nada, y con un gesto despidió al fragmento de cabeza de su comadre que se asomaba por la ventanilla, tal vez estirándose desde el asiento central.

“Ay, sabe qué me da contigo, Pablito, pero me canso que es la pura verdá, asina jué, ¿qué le voy hacer?, ya sé, ya sé..., ay..., ‘pos luego te trajieron y ‘pos el Chato se seguía asomando por la casa, pero no te creas que yo le daba entrada, no..., nomás me ponía de nervios el Chato cuando llegaba a comer... y luego te emborrachaba de adrede, hum, ¡si él ni se pistiaba nada, pinchi Chato cabrón!..., te dejaba dormidote y,... ay Dios, yo no sé cómo le hacía para llevarme risa y risa a la casita del aguacate, ¿Ya ves que ‘tá re’ sola y re’ arrumbada la casita, vedá?, ‘pos ‘ái me ladiaba el Chato cada que te las colocabas... Y yo no sé por qué pues me daba tanto gusto, si tú me conoces y sabes que, pos soy media seria, pues...”

‘Pos total, te aliviates y todo, y luego hasta te dio por dejar el chupe, y ‘pos, el Chato, no te creas, si no ‘stá tan menso de al tiro... ¡Mira que se las ingeniaba!... ¿Te acuerdas cuando lo del ánima que decían que se veía trepada en el capulín?, ¿sí?... ¡‘Pos puras habas, ‘pos qué! Si era el Chato que se ponía unas garras viejas y se pintaba la cara con ceniza... Ay Dios, ‘pos perdóname Pablito que me agarre la risa orita que te lo cuento, no sabes que me siento como toda revuelta... Y ya sé que no es chistoso, pues, pero cómo me carcajiaba cuando resultaba que todos en el rancho ya ‘bían visto l’ánima, que unos en el cerro, que en el callejón, ¿Tú creés? Bueno, contaban hasta lo que no..., luego dijieron que hasta la veían volar y meterse a los tapancos... y no se cuántas tarugadas, y que se ponía en el capulín volteando pa’ la casa... Ey, no, pero cuando me empecé a apurar jué cuando te me pusites malo por lo de l’ánima, yo no sé qué te creítes de la Juana la gorda, si ésa ni es bruja ni nada. ¿Qué te dijo que te cuidarás, que ya venían por tus güesos?, ¿Pa’ qué te lo creítes, Pablito?, si era puro cuento... ¡Ay qué gorda me cayó la vieja gorda!, que te puso a hacer menjurjes y a colgarte cuanta cosa en el pescuezo, nomás te puso más nervioso, y pinchi vieja, ay, de no haber sido por ella, Pablito... ¿Yo que iba a saber que se puso a quebrar veladoras en el pie del capulín?, ¿qué iba a saber que ese día el pinchi Chato andaba a raíz?, ¿qué iba a saber que te ibas a levantar con el ruidazo y a morirte de un jalón?... Asina jué, Pablito...ay, y ‘pos... no te creas... sí, ya sé; ya sé que no está bonito que me

entren las ganas de largarme del rancho y de llevarme al Chato conmigo..., ya sé que no está bonito eso pues, y , pos por eso prometí la manda a Talpa, a ver si se me acomoda la cabeza, pues...

Licha se detuvo un momento y sintió un fuerte dolor en los talones. Sacó de su bolso un paliacate y se secó el rostro agitado y enrojecido. Tomó un respiro y siguió andando, de espaldas y con el rosario empuñado. “Ay, le voy a dar más reciecito, a ver si pa’ la noche ya me toca estar en Mixtlán”, pensó. Luego pudo ver en la distancia a un jinete a trote, montado en un caballito durazno. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y se llevó el rosario al entrecejo, en tanto decía: “perdóname, Pablito..., ay dios, ya sé que no está bonito, pues... Virgencita, te la debo, pero me cáí que te la cumplo, ya sabes que yo cuando quedo en algo, ‘pos... ¡Es que este pinchi Chato, es re’cabrón!...”

# ¿QUÉ SE HACE DE NOCHE?

¿Qué se hace de noche, sino pensar en absurdos, cuando el interlocutor es una lámpara de mano, un llavero pletórico de bronces desgastados y ruidosos? De vez en cuando ceder a la fisgonería furtiva, a los escapes momentáneos... Renegar de la noche, evadir la vida que se agita ajena, exterior al almacén desierto donde dejar los sueños no significa nada más que tu trabajo. Fumar un tanto, entre cavilaciones. Descubrirse taciturno un día feriado, dejarse atrapar por la melancolía mientras se mira sobre las plazas una tormenta de artificios de colores. Beber un trago si se aparece un viento repentino, si se olvidó la chamarra en el buró. Salir entonces apretando el pedaleo, pasar las cuadras, sin tiempo para voltear a ver los rostros enfiestados, sorteando piras improvisadas donde arde la basura trocada en material festivo. Virar a la izquierda, entrar a una calleja desvelada, buscar la llave, respirar hondo un momento, correr el cerrojo, de pasada mirar los retratos de los hijos, entrar en la alcoba donde nadan efluvios de tabaco y alcohol, descubrir a la esposa y al vecino cubiertos de una tenue luz cerúlea que resalta sus contornos encendidos por el sudor fresco... caer en un abismo instantáneo que se abre bajo los pies, degollar al infame con sigilo... Tomar la chamarra, regresar al trabajo, revisar el inventario, fumar un tanto, ensayar un rostro sorprendido, unas palabras ofuscadas, contemplar la posibilidad de un gesto de reproche... ¿Qué más se puede hacer de noche, a ver?

# DON MUNDO

*Ay, doctor, desde que le prohibió el tabaco a Don Mundo le ha dado por fumarse todo. Bueno le hemos escondido los cerillos y los cigarrillos, pero son tan grandes las ganas de meterse humito que...*

—Si yo se lo digo, es por su bien, ya deje éso, ya agüelo, ya está muy viejo, además ya le han dicho montones de veces que si le sigue, en una de esas se va a morir. Cuídese, agüelito, nosotros queremos que nos dure mucho tiempo.

*Empezó un día, así nomás, estuvo bien serio toda la mañana, y al rato se forjó un pedazo de la sábana, lo enrolló en un papelito y se lo empezó a fumar. Se puso pero bien malo: tose y tose el pobre...*

—Ay, agüelo, lo malo es que se pone re' terco. Usté' ya está viejito pa' que ande haciendo sus loqueras. Cuídese, si no, un día de estos nomás no nos va a amanecer y, pues, nos haría mucha falta, sobre todo a mi 'amá, que viera cómo lo procura, la pobre, si no fuera porque aquí no aceptan las llamadas por cobrar.

*Después le siguió con otras cosas. Si se ha salvado es de puro milagro, doctor; ya se ha chupado casi de todo...casi .El otro día unas varitas de canela, ayer una bolsita de té de manzanilla y hoy le metió un puño de borra del colchón a su pipa, y por poco le da el golpe, si no esté yo para quitársela, quién sabe...*

—Vas a decir que estas lágrimas son de mentiritas, agüelito, pero no..., si siento feo que estés aquí, se me hace injusto que tantos años de trabajo y, pues, así es la vida, ¿no?, porque, allá ¿cómo estarías, a ver? Aquí estás mejor. Hay gente de tu camada, hay hasta viejitas medio simpaticonas, ¿no?, y luego las monjitas no te tratan tan mal, ¿o qué?, mira, te preparan tu caldito de pollo: a-vé, a-vé..., ánene...

*Pues a veces parece más cuerdo, más tranquilo. Se está sereno, leyendo, o sentadito en el equipal de la esquina. A veces hasta me ayuda a regar las plantas. Lo que sí he notado es que se pone alteradito luego de que llaman por teléfono dízque para saludarlo...si acaso una vez al año ¿'usté cree?, ¿qué de veras nadie les habrá dicho todavía que don Mundo ya no oye?*

—Pues yo que quisiera, agüelo, venir más seguido, así, echarte tus vueltas pa' ver cómo estás, pero la tienda no me deja-no me deja, si la dejastes bien acientada, y ahorita con el razal que se vino a las colonias de este rumbo, no paramos..., ¿más juguito?: a-vé...

*Lo que le envidian otros a don Mundo es el hambre, yo creo que es de los viejitos que más le empujan...Me da gusto que aunque sea para eso sí tenga ánimo. Lo bueno es que la dentadura nueva no le molesta tanto..., pero ya le digo, lo que me da más pendiente es la tos esa que le agarra en las mañanas, empieza con una tosecita chiquita y cada vez se hace más fuerte, hasta que termina echando los pollos ya bien desesperado, y no entiende, ahí está ¡terco con la chupadera!*

—Vas a ver, agüelo, pa' la otra que venga te voy a traer una cobija buena, porque ésta ya huele re' feo, mano..., ¡uts!, huele como a...¡fuaijodelachin..!, y luego ¿Ya está ruñidita, no?, 'pos ¿a dónde irá a parar toda la lana que recogen las monjitas? Y vas a ver..., también te voy a traer un radio pa' que te alegres, ¡eh!...si...¿si me oistes?, si...ya pusistes tu carita...

*Pues sólo Dios sabe qué se traerá ése que dice que es su nieto, yo nada más lo había visto una vez en todo el tiempo que lleva aquí, pero hoy llegó con otro señor, preguntando por don Mundo. La madre Cecilia los dejó pasar porque traían una bolsa de despensa y medicinas, pero, yo le digo que me da mala espina este señor...*

—Pues sí, mira, viéndolo bien aquí estás más a gusto. Aquí no te falta espacio, ni compañía; no que allá en tu casita del centro, toda llena de cuartos, pero bien vacía, allá te sentirías muy solo, y aparte, con eso que dicen que allí espantan, olvídate, de un susto te mueres, agüelito.

*Mire, ya tienen rato platicando con el viejito..., .ahorita voy a ver si no se les ha quedado dormido...*

—¿Y sabe qué? No había nada, ¿ái no decía la tía Gloria que había dinero enterrado, que por eso asustaban? Pues nada...”, ¡nada de nada! Bueno, al menos en donde decía la tía Gloria que se veían los relumbrones y sabe que tanto..., ahí, nada. En lo demás, quién sabe, eeeh... ¿tú no sabes nada, agüelito? Porque si enterrastes algo, estaría bueno que me dijeras ahorita, porque de que lo aproveche la familia, a que sea otra gente, pues... Ya te digo..., yo le di una escarbada a todo el patio y no salió nada... Luego tumbé la bardita de la cocina, y nada. Mi ‘amá hasta consiguió a un señor que dizque “orero”, de esos que saben buscar entierros. Ahí se puso dizque a buscar con una varilla, y luego con un cigarro, que “si el humo se baja para abajo es que si hay entierro, que si se sube para arriba, ni pa’ que escarbarle”, y fíjate que ahí en el patio nos hizo echarle talache como en cuatro lugares..., ni la cansada; y luego nos cobró quinientos pesos ¡por nada! ¿Usté creé, agüelo?.

*Ya se está meneando el viejito en el sillón, así se pone cuando le agarran los nervios, si lo conoceré yo que lo baño y lo limpio y todo...*

—Total, que el orero nos dijo que si el humito se bajaba en casi toda la casa era porque lo que vale es la casa. Y fíjate que no nos habíamos puesto a pensar en eso, y pues, sí, es cierto, tiene toda la razón el orero. Porque... pues yo creo que si así va a estar ya sola la casa, nada más se le va a aviejar más de lo que está, y se va a venir cayendo; pues mejor hay que aprovecharla ¿no? Y honestamente, también pienso que los que la merecemos más, pues somos los más jodidos. De los cinco hijos que te viven, pues mi ‘amá es la más atrasada, se me hace que se ve más viejita que tú..., pobre de mi ‘amá, está bien enferma. Yo, la verdá’, eeee, quisiera el dinerito que salga de allí para que le revisen sus piernas, o para llevarla a Estados Unidos con mi tío Fragedes, pa’ que allá ellos nos hagan favor de tenerla un tiempito, y ya si sobra algo, pues comprarme otra camionetita o acabar de pagar el departamento de Vallarta... Yo creo que tú sabes bien que esa casita nos la hemos granjeado bien, nadie te ha liriado más que nosotros, agüelito..., y, pues ¡orita qué!, ¡cuando tenías tu genio, entonces sí estaba canijo, agüelito! Mira, yo ya anduve preguntando y, pues nomás faltarían unas firmas tuyas. Ya me dijeron que todavía entiendes bien y que si es válido lo que firmes, y por eso... Mira: aquí el licenciado Elías te trae unos papeles para que los firmes, agüelo. Lo que pasa es que hay un cliente que se interesa por la casa y, pues ofrece buen dinero, mira, y así, ya para la otra que venga te traigo tu cobija y tu radio, ¡eh!

*Ay, le están enseñando un papel. Ya le sacaron hasta las huellas digitales, ¿pues qué se traerán estos?, ¿Sabe qué?, voy a ir de metiche a ver qué pasa, porque esto está medio raro: Están muuy acomedidos...*

¡El licenciado Elías es persona de confiar, agüelo. Vas a ver qué bien vende la casa. Vas a ver que te voy a traer tu cobija y tu radio con lo que me den, ¿eh?, pa’ que lo pongas a todo volumen aquí. Pa’ que entretenga al viejerío con las canciones de Radio Corralito ¡eh! ¿QUÉ TAL? Ay agüelo, no ponga esa cara porque se le va a quitar el pegue... Bueno, si ya no quiere que lo vacile, nomás diga. Y volviendo al punto.... eeee..., mire, yo creo que sí me está entendiendo, ¿o no?, pues allá, de que la casa esté sola, pues mejor venderla, ¿no? Al fin y al cabo de este mundo inmundo no nos llevamos nada al otro mundo, agüelo Mundo..., al cabo “mundo, ‘ái te quedas”..., hehe: mundo inmundo: Mundo..., hehe, riase agüelo...

*Nada más falta que le estén sacando el testamento... Ay doctor, ¿sabe qué?, lo dejo, porque voy a ir de metichota, no vaya a ser algo chueco...*

—Aquí te pongo la pluma y el papel donde firmes, agüelito, nadamás que te mire el licenciado..., a ver, deja te ayudo con la manita..., ¡eeso!, ánene, ay, mira, sí me entendiste..., no, no..., en esta rayita firmale, agüelo, ánene..., en esta otra: Ánene... acá también... eeeso...

--¿Qué es lo que está firmando don Mundo, señor?

--Son unos papelillos que tenía pendientes, madre..., son de una casa que tiene, y pues, eeee, tiene que firmar porqueeee... si no, laa... esteeee, la vamos a perder.



--¿Cómo que “la vamos a perder”?

--Eeeeh...\$í, \$í, o\$ea, el a\$ilo también la pierde..., porque, eeee, yo tenía pen\$ado pue\$... ya que \$e venda... comprarle\$ una\$ cobija\$, o dejarle\$ una parte para lo que ocupen, eeee..., mire, aquí el Licenciado Elías le puede explicar mejor.

--¿Ya hablaron con la madre Cecilia?

--No...eeee...

--Pues, pásenle acá a la oficina, ahorita la llamo para que platicuen con ella.

--¿Agüelito, qué estás haciendo?

--¡Ay Dios!, don Mundo, ¿ya le prendió fuego a los papeles?...¿Bueno, qué no le habíamos escondido los cerillos?

--Ay, agüelito, ¿ya ves?... , ‘ora me vas a hacer echar otra vuelta..., mira nadamás la quemazón que armaste..., eso, chúpale, chuuúpale... ¿Esta bueno?, pinche agüelito..., vas a ver, ‘ora no te traigo la cobija..., ¡pero chúpale pues!, ¡chingada madre!, ¿y luego quien cuida aquí, pues, Madre? Chingado... ‘Ámonos, licenciado, hay que traernos otras formas en blanco, ¡ay, pinche agüelo!, ¡puras fallas con ustedes, madre!, ¡puras fallas!...

# CLEPSIDRA

Desde el umbral pudo observar que su esposa se había quedado dormida en su mecedora, frente al televisor que seguía encendido. Don Pascual se apuró a entrar y se paró justo frente a ella con el regalo temblando entre sus manos; en tanto recorría con la mirada aquel rostro dormido, cavilaba: "...cincuenta años, Lucila, cincuenta años de nuestras vidas; quién lo hubiera imaginado..., cuando te conocí llevabas un vestido rosa que te llegaba a las rodillas, y aunque tus piernas no eran del todo bonitas, me gustaron; me gustaron tus piernas, Lucila. Y tu cara, con esas facciones que tenían algo de equino y que me inspiraban el anhelo de ser tu jinete, Lucila..., y lo fui..., cuántas veces lo fui..., ¡vaya que lo fui! Era tan excitante ese mundo que me mostrabas, tan vibrante mi deseo de tenerte a todas horas; tenerte para mí: tener tu voz, tus oídos y tus pensamientos, Lucila..."

Don Pascual abrió la cajita de regalo tomando todas las precauciones para no despertar a su mujer, y lentamente fue sacando el fino rebozo violeta que le había comprado con motivo de su quincuagésimo aniversario. "...Lucila, seguro que te acuerdas de cuando bailamos nuestra canción, de las promesas absurdas que nos hicimos. Cuántas veces nos dejamos llevar por nuestra juventud, cuántas veces tus labios acariciaron mi oído y juraron amarme siempre."

Don Pascual colocó el rebozo alrededor del cuello de su señora, con una delicadeza tal, que, conmovido, a punto estuvo de derrumbarse en lágrimas. "...Y cuando pedí tu mano, Lucila, y tus padres nos dieron su bendición, sentimos que nuestros corazones estallarían de contento. Lucila... todo se arremolina en mi cabeza, nuestra distancia me duele, y en estos días aciagos en que el aliento de pronto me avisa de su urgencia por abandonarme, me siento empujado a hacer algo en nombre del gran amor que nos tuvimos... ¿Recuerdas?, cómo nos sonreía entonces el porvenir, cómo vislumbrábamos entonces un sino paralelo y dichoso...

Y pensar...

Y pensar que esta mitad de siglo he compartido mi existencia con una desconocida que se burla de mis sueños, que me ha trepanado, que me ha vaciado como clepsidra..."

Presas de un repentino embotamiento, don Pascual apretó los dientes y tiró de los extremos de la prenda con violencia, mientras miraba cómo su mujer, en su último movimiento, se llevaba las manos al cuello.

# EL FACETO

—Sssh, a ver, mi lic, ¿cómo está eso de que me trajeron aquí por tratante de blancas? — increpó el Faceto, intentando zafarse de la llave que le aplicaba uno de los policletos que lo aprehendieron afuera de la casa de Rufina.

—Eso dice la orden de aprehensión, Gustavo..., pero no te apures, hombre, que doña Rufina ya viene para acá.

— ‘¿Pos cuáles pinches blancas, si están re’ prietas las cabronas?, Sssh —sentenció, al tiempo que lanzaba un escupitajo corajudo.

—No te pongas tan picudo, chango, porque entre que son peras o perones, aquí te tuerces, hijo —le dijo el policleto, aplicando la efectiva manita de puerco.

—Sssh..., orita que venga la ruca, van a ver, culeys...

Dos policías regordetes que estaban escuchando cómodamente la arenga detrás de la portezuela se aprestaron a propinarle una patiza para aplacarlo. El Faceto, con todo y esposas, se defendió como pudo, y de un cabezazo le rajó el labio al más rechoncho, que, más rápido que tarde le surtió de macanazos en la cara. El licenciado Mireles a punto estuvo de meterse para defender al Faceto, pero previendo el riesgo para su propia integridad, se limitó a remolcatearse la corbata y a recitar artículos, párrafos e incisos de la declaración de derechos humanos.

—Sssh..., ¿qué pasó, mi lic? —suplicó el Faceto desde el piso, con el rostro reventado apoyado con el pómulo derecho— ¿qué onda con la ‘ñora, pues?

El Licenciado prefirió voltear para otro lado al contestarle que mejor no la hiciera de tos, que se esperara tantito; y ya en tono más confidencial, que si seguía de bocón lo más seguro era que se lo cargara Pifas.

A rastras condujeron al Faceto hasta la celda, donde estaban dos sujetos zarrapastrosos, uno acusado de provocar un incendio en la llantera del Patón, y el otro de catarrín. Ahí se recostó y pareció quedarse dormido.

En ese momento entró Lalo Leyva, el juez calificador, muy bañado y cambiadito, listo para empezar su turno.

—¡Lalito, chingado! —le dijo el Licenciado Mireles en tono muy familiar, en tanto le daba un largo y diplomático abrazo.

—¿Qué pasó, licenciado?, ¿cuánto tiempo, chingá?

—Ni tanto, ni tanto..., no le hagas al loco, que al cabo aquí nadie se espanta, hombre..., ¿qué?, ¿no oíste el alboroto de hace rato?

—Sí. ¿A poco eran ustedes?

—Ya ves, el pinche escuinle éste, no por nada le dicen *el Faceto*, es re lucido... a veces se pasa de fanfarrón, ¿No ves que el otro día hasta se les puso al brinco a tus chalanés?, y...

—Sí, hombre, sí oí el desmadre de hace rato, pero apenas iba empezando a hacerle el amor a la Camoñoña, y, ‘ps nimodo de bajarme así nomás..., dicen que pega diabetes...¿Y doña Rufina?

—Yo creo que no se tarda, ya ves que dizque este chavo es orita *su bebé*...

El Licenciado Mireles y Lalo Leyva siguieron en la guáguara por un rato, soltando chistes colorados y de repente uno que otro de esos cumplidos que se hacen los colegas. Hasta se pusieron de acuerdo para ir a donde Rufina, para cobrarle al favor de agilizar la sacada del Faceto. En eso estaban, cuando sonó el celular de Mireles.

*Sí...abb, sí, la estamos esperando doña Rufi...sí, sí, aquí lo tienen en la tres, sí, como no..., aborita le consigo una, no se apure..., este, ya sabe..., no, no..., yo aquí me voy a estar al pendiente..., sí..., como si fuera mi hijo..., ya sabe..., ya, ya, está aquí Lalito..., ya nomás es cosa de papeleos y de ver en cuánto nos va a salir..., mire, yo no traigo efectivo, si no, con mucho gusto..., ándele..., no se preocupe..., aquí la esperamos..., ándele..., áaandele..., bai.*

El Licenciado Mireles sacó una cajita de klínex de su portafolio y comenzó a hacer cucuruchitos para sacarse los mocos. Desde que había dejado de fumar, lo hacía como tratamiento para la ansiedad.

—¿Qué pasó? —lo cuestionó Leyva en voz bajita, cerciorándose de no ser escuchado por sus subalternos—, ¿‘ái vienen?

—No..., dice que se van a entretener un rato porque le cayó el secre de seguridad como con veinte mandos...

—¡Ah jijo!, oye... no nos vayan a querer clausurar el harem...

—No, hombre, ¿cómo crees? Si le cayeron, pero bien pedotes ..., andaban celebrando que el secre se va a la de Gobernación; la cosa es que el secre, bueno..., tu no estás para saberlo, ni yo para contarlo, pero..., sabrás que el secre anda bien emocionado con la güera..., la que le dicen ¿la qué?, ah la Brúk Chils...

--¿Ah?

--Sí..., últimamente está cayendo raza de alto pedorraje, ¿qué te pasa?, bueno, al penjáus, porque lo que son los cuartitos de abajo, ya sabes, puros de sor juana...

—Ahí abajo es donde andaba controlando el chavo éste, ¿no?

—Ándale

—¿Oye?, ¿y qué tan cierto es eso de que la Brúk es travesti?

—Híjole, ¿quién te dijo?

—Ps’, ya ves...

Desde la celda se escucharon unos gritos: “¡jeit!, ¡jefe!, ¡jefe!”. Un policía modorro acudió al llamado de uno de los zarrapastrosos, se asomó por la reja, alumbrando a los detenidos con su linterna *truper*.

— ¿Ora qué? —inquirió al zarrapastroso de los gritos.

—Oiga, jefe..., éste mocoso nos está guacariando aquí toda la suit, jálenselo pa’ l’otra jaula, si nos hace favor...

—No-no qué, la otra jaula está ocupada con tiliches, aguántense; ‘pos qué...

—Pero mire nada más el reguerete...—dijo el zarrapastroso de los gritos, indicando los charquitos en el suelo. Cuando el policía modorro alumbró a donde le indicaba el otro, se dio cuenta de que se trataba nada menos que de cuajarones de sangre espesa, casi negra. De inmediato dio aviso a Leyva, quien a su vez notificó a Mireles de la situación. Mireles llamó al policía rechoncho y al policía modorro, que ya no estaba tan modorro, y les ordenó poner al Faceto en un lugar más iluminado. Con la urgencia, a Leyva se le pasó recordarle a Mireles que ahí el de las órdenes era él (en ausencia del comandante, que, según había dicho, se encontraba ocupado en una junta muy importante con el secre). Como bulto depositaron al Faceto sobre un escritorio desgastado, pletórico de *Sensacional de traileros*, producto de un decomiso, y que a la sazón, constituían el flamante acervo de la comandancia.

—Oye, Lalito —dijo Mireles, muy apurado—, éste chavo ya no está respirando.

—No la jodas, lic...—atinó a decir Leyva, aguzando el oído junto a la nariz del Faceto—, oye..., de veras..., éste ya se nos fué

—Se nos fue ¡Madres ‘pos qué! —se incorporó Mireles, exaltado, con el rostro enrojecido—, ¡pinches fascistas!

—¡Cálmate, cálmate, lic!..., tranquilo..., mira nada más cómo venía de golpeado...

—¡Aquí tus achichincles le pusieron en su madre, Lalo!

Con los gritos, despertaron media docena de policías, que salieron de algún lugar como encandilados.

—¡Los que le surtieron más duro son esos dos panzones de la esquina! —sentenció Mireles, señalando a los ejecutores, que ni se inmutaron.

—¡A ver, cabrones!, ¿es cierto lo que dice, aquí, el licenciado? —interpeló Leyva a los aludidos, poniendo cara de enojado. Los dos policías regordetes respondieron al unísono que nada era cierto, que el muchacho ya venía todo magullado. Otros policías, medio encandilados aún, apoyaron la versión, entre murmullos, recordando el axioma del comandante: “si se lo carga a uno, se los carga a todos, culeros”.

—¿Y ‘ora qué hacemos, lic?..., éstos dicen que no es cierto...

Mireles parecía trabado de coraje y luchaba con el nudo de su corbata, cuando volvió a sonar el celular

—¿Y ora qué, Lalito?, ¿qué le digo a la pinche vieja, si me lo encargó como si fuera mi hijo? ¡Tu no la conoces, Lalito!, no has visto ni tantito de lo que yo...”

Dudó un instante, y resolvió no contestar. Nervioso, arrojó el celular por una ventana que daba a la calle y se pasó los dedos temblorosos por el cabello una y otra vez. Uno de los zarrapastrosos, el incendiario, aulló desde la celda.

“¡Eeepa!, ¡déjen dormir, hijos de su payasona!” Como por sortilegio, los policías encandilados, los regordetes, Leyva y Mireles enmudecieron un rato, y urdieron juntos, como iluminados, el incendio de la comandancia.

# CROMÁTICA

La mariposa blanca quería tener alas de colores. Para ello se robó una tarde el arco iris, pero las caras tristes de los niños solitarios la hicieron cambiar de idea. Después se le ocurrió que podría escamotear a las flores su cromatismo, pero luego se dio cuenta de que el néctar casi siempre es incoloro, o cuando más, ambarino. Se sintió burlada: “las flores son unas tramposas”. Desolada, vagó por los campos y las ciudades. Hasta que un día de lluvia se posó agotada sobre el ventanal de un colegio. Adentro, el profesor Log explicaba a sus pupilos que *la energía radiante se ordena en bandas de absorción a través de medios selectivos... como en las alas de esta mariposa* —dijo, tomándola para mostrarla a sus alumnos—, *aquí se perciben las radiaciones de todas longitudes de onda del espectro visible con igual intensidad...este color blanco perfecto es la síntesis de todos los colores...*”

Desde entonces, la mariposa muestra con altivez sus blancas alas a la clase. No le molesta tanto estar prendida con un alfiler en la pizarra de corcho.

# PABELLÓN 3

# EL SEÑOR PERRO

*“Y así es la vida, y cuando yo tenga un hijo, le diré:*

*‘Tenés que trabajar. Yo no te puedo mantener.’*

*Así es la vida.*

*Un ramalazo de frío me sacudía en la silla.”*

Roberto Arlt. *El juguete rabioso.*

El anuncio en la sección de clasificados era por demás escueto: “Solicito personaje para cuento. Con o sin experiencia. Interesados presentarse hoy a las ocho en punto en el Café Meridiano, con el señor Perro”. Por lo visto, no había otra manera de enterarse de los pormenores del trabajo mas que acudiendo a la cita. Esa misma tarde, mientras leía el periódico, mi padre me habló de la urgencia de poner los pies en la tierra, de lo indispensable que es el trabajo de horario corrido, del sueldo seguro. Yo lo escuché como siempre, soltando la cuerda a mis pensamientos, a los que aprendí a imaginar como papalotes lejanos: mientras más denso se volvía el discurso, más y más cuerda a los papalotes..., más distancia. Para cuando terminó de hablar, yo ya había tomado la determinación de acudir a la cita; así que con un halo de optimismo, salí de mi casa con rumbo al llamado de mi destino.

Vagué nervioso por la ciudad, rondando las cercanías del Café Meridiano. Quedé impresionado por el colorido inusual de las calles. El verde, más verde, el rojo, más rojo. Me atraparon los edificios coloniales, las vitrinas rebosantes de objetos..., hasta el aire me parecía nuevo. Me quedé absorto, atestiguando la marcha de hombres y mujeres, y me soñé dentro de un cuento, soltando la cuerda a sus papalotes, tan inconscientes de su transitoriedad. Pasado un rato, advertí que me encontraba en una banca, justo frente a la entrada del Café Meridiano. Ahí decidí acomodarme y esperar. “¿qué tan difícil será el trabajo?, ¿cómo se vuelve uno personaje de un cuento?”. Mis emociones se confundían, se enredaban las cuerdas de mis papalotes. A las ocho en punto, avancé al vestíbulo, un tanto ofuscado. Se me ocurrió pensar que podía tratarse de una broma, pero eso no me preocupaba tanto como el hecho de hallarme sin un centavo. “seguramente no me permitirán estar aquí si no ordeno cuando menos una agüita de calcetín”, pensé. Entonces lo vi. No fue necesario preguntar por él; su rostro lo delataba. Me aproximé hasta la mesa donde aguardaba solitario. Portaba un traje blanco de gabardina, una mascada rodeaba su cuello y unas gafas oscuras cubrían sus ojos caninos.

—¿Señor Perro? —le pregunté con timidez.

—Guau —me respondió, examinándome por encima de las gafas.

Le expliqué entonces la razón de mi presencia en el lugar, incluso le mostré el anuncio del periódico que traía conmigo.

—Guau —me dijo en tono aprobatorio.

Luego sacó de debajo de la mesa un portafolio cromado, lo puso sobre una silla y extrajo con parsimonia algunos documentos. Yo estaba fascinado con lo que acontecía, y por la naturalidad con que se tomaba en este sitio el aspecto del señor Perro. A nadie parecía importarle su tez animal, ni las lengüetadas furtivas que el Señor daba a sus fosas rebosantes de moco.

El señor Perro me ladró entonces algunos aspectos particulares del contrato y me dio a leer las condiciones generales. En las cláusulas escritas con letras minúsculas no quisimos detenernos, supongo que para continuar con esa tradición. Luego, a la hora de firmar, el señor Perro, con un ademán y un chillido, solicitó al mesero una pluma. El mesero, entre aquí y acullá, no se dio prisa con el encargo, sino hasta que del hocico de mi anfitrión emergieron ciertos gruñidos.

—Guau —me dijo, indicándome una línea en la parte inferior del documento.



No terminaba aún el trazo final cuando sentí una especie de dilución repentina. Me temblaron las rodillas. Una sensación que tenía algo de vértigo y algo de cosquillas me recorrió de polo a polo. Me fui desvaneciendo poco a poco.

Como ven, me quedé con el empleo; aquí trabajo y soy feliz. Mi herramienta es este gran carrete que se engancha a los pensamientos.

Aprovecho para mandar un saludo a mi padre, que me está leyendo.

# VIDA DE PERRO

Había escuchado en alguna parte, que la vida de perro es la mejor. Él, como todo humano concienzudo, había cavilado profundamente sobre la existencia y esencia de los canes. Se obsesionó por observarlos con detenimiento, por descifrar los enigmas de sus miradas y terminó admirando ese espíritu romántico perril, espíritu dual de la fidelidad a ultranza y la rebeldía latente. “quién en su vida -se preguntaba- no ha pensado alguna vez en lo emocionante que sería vivir con el coraje y la campechanería de un perro vulgar”. Llevaba varios años metiéndose en la cabeza la idea de que los perros sí eran libres, que siempre hallaban mendrugos suficientes, que no había límites para los de su especie, que eran aventureros, que para ellos el cuerpo desnudo era el mejor atuendo, que entre perros se podía olisquear a compañeros y compañeras sin distinción, incluso fornicar sin miramientos lo mismo sobre las aceras calentadas por el sol del mediodía, que en medio de los actos públicos. En fin.

La tarde en que decidió convertirse en perro, y abandonar su vida gris de oficinista ocupado, la dedicó a escribir cartas a los seres queridos, rogándoles no interferir entre él y su felicidad. También se dio tiempo para mandarse grabar un dije con su nuevo nombre: “Hedón”, y prenderlo en un collar de cuero. A llegar la noche se probó durmiendo desnudo sobre el tapete, al pie de la cama, listo para soñar perronamente. Escuchó atento las conversaciones de sus nuevos congéneres en los ladridos dispersos del vecindario; reconoció a los líderes de las jaurías domésticas debatir y retarse mutuamente, conminando a sus respectivas huestes a irrumpir en el silencio ciudadano y a demostrar el poderío del grupo al adversario.

A la mañana siguiente, quiso despertar antes de abrir los ojos; esto, para evocar el despertar samsiano. Cruzó los dedos, esperando que se hubiera hecho el milagro de ser un perro de verdad, pero al advertir sus dedos cruzados se dio cuenta de que ser un perro desde ese día no iba ser una tarea del todo sencilla. Se ajustó el collar, y salió desnudo y contento a regodearse con su nueva existencia. Primero se dio a la tarea de marcar su territorio sobre llantas, postes y banquetas, atendiendo a los nuevos modales. Se dedicó luego hasta el mediodía, a hurgar en basureros y a gruñir a los mirones. Después de comer un poco de aquí y allá, y de coquetear con una perrita educada que no se atrevió a brincar el barandal, se puso a ladrar furtivamente contra las ruedas de los automóviles, pegándose a su trayectoria por varios metros. Había descubierto el verdadero encanto de ese chucho y popular deporte. Intentó, en el transcurrir de la tarde girar sobre sí mismo para buscarse la cola, pero no tuvo más remedio que reconocer que eso es asunto de virtuosos. Al final del día, cansado, fue a recostarse sobre un montón de papeles, jadeante y con la lengua de fuera; al poco rato, cayó dormido. Ahí fue donde lo aprehendieron y lo llevaron a los separos, en donde se defendió literalmente con uñas y colmillos. Se sintió feliz al descubrir su lado feroz. Un tal doctor Avellaneda determinó entonces que había que internarlo en el hospital psiquiátrico *El olote*: triste decisión, pues en el sitio encontró la muerte anteayer, al ser atropellado por otro paciente, que ya llevaba dos semanas transformado en camión de carga.

*“Yo no escribí esto”*  
John O. C.

### **HORIZONTALES**

1. Nombre masculino del santoral que no lleva ninguna letra de “Carlos”. V. Pop. Célibe.

Un caballito de tequila junto al cenicero, un montón de hojas en blanco (la mitad de ellas predispuestas a inmolarse inútilmente), tres plumas bic que no saben fallar, una lámpara añosa

de escritorio y un deseo incontenible de escribir. ¿Qué más falta?, ah sí, la historia: veamos... “¿Qué es esto?”, me dice Quintín, interrumpiendo por enésima vez, “ésta escena parece del siglo pasado”.

Vuelvo. Veamos. Listo. La historia que siempre quise contar: *Cuando se despertó...* “No me digas nomedigas, ya sé: era una cucaracha —otra intromisión de Quintín. Ahora ríe a carcajadas—. ¡Pero eso es un clásico!, y tú que te la pasas hablando de ser original... ¡Nada más falta que ahora te de por meter un dinosaurio en la escena!”.

Bueno. Un tachoneo furtivo. Otro caballito de tequila. “¿Ya vas a empezar?, ¿qué pasa contigo? Llevas cinco meses haciéndole al que escribe en tanto te revientas hasta un litro de tequila puritano tu solito, ¡y del chafa!, sólo te recuerdo que las otras veces has terminado bien cuetote y la escritura, bien, gracias”. Está bien. Un cigarrito para la concentración. “Te pierdes, te pierdes..., amén de lo que te ganes en salud por tanto vicio, pierdes tiempo valiosísimo. No sé..., ahorita podrías estar escribiendo algo, aunque sea mínimamente entretenido...”.

*Aquella tarde Elena salió de su habitación a mitad de la llovizna. Hembra de pechos firmes y turgentes y...* “N O, P O R F A V O R, eso es inaceptable, no no; está demasiado mamón, además el planteamiento está más choteado que el *érase una vez*... Por amor de dios, cuánta cortedad, cuánta carencia...”.

--¡Hijo de la chingada! -dijo Caín...

“No-no-no; ora sí me da, es más: ya me dio..., es del peor gusto, ¿cómo se te ocurre iniciar un texto con una mentada de madre?, y mira lo que sugiere el nombre de ese personaje...”. Lleno nuevamente el caballito y lo sujeto nervioso. La metichez de Quintín es difícil de tolerar. “¿Cómo *metichez*, cómo *metichez*?, mai god..., además, esas palabras suenan horribles en presente”.

*¿Pues qué se ha creído este personaje maldito?* “Cht-cht... ¿Osas calificarme impunemente? Sabes que así no me puedo defender. Borra por favor eso de *maldito*. Mira: en primera instancia, ni siquiera viene al caso; y en segunda, estás restando el margen de interacción del lector. ¿O no lo cree USTED así, estimado ídem?... Cuenta una historia, más decente por favor; es decir, decente en función de su estructura y de su propuesta estética, ¿mínimo, no?, ¿cómo te diré?, mira, te puedes dar el chance de decir una que otra leperada, por ejemplo puedes decir cabrón o pendejo, lo que quieras, nada más modérate, y busca algo creativo. No sé. ¿Sí... me captas?”

En fin. *Se llamaba Quintín. No tenía rostro ni cuerpo. Se apareció por primera vez en uno de mis textos, una noche...* “No vayas a decir oscura, por favor”... *Desde hace cinco meses no me deja terminar una sola historia. Por ello, he decidido terminar con la suya.* “Argh”.

# OLVIDAR TRES LETRAS

*Sepultado entre nubarrones de desorden,  
el prodigioso milígramo  
brillaba en el olvido...*  
J.J. Arreola

Hacía más de dos años que la casa parecía una tumba. Desde la explosión del polvorín el amo no articulaba palabra. Venía haciendo las cosas de costumbre, pero sin hablar. Ordenaba con señas y nos daba instrucciones ayudándose de su bastón de marfil. Al principio nos fue difícil a los criados entender su código, pero a esas fechas ya nos habíamos acostumbrado. Aquella

ocasión, durante la comida, en presencia de los doce sirvientes, me recriminó que hurgara en su biblioteca -cosa que ya era para mí una secreta costumbre, fuente de insospechados placeres- arrebatando de mis manos un ejemplar de *Las flores del mal*, de Baudelaire, y sentenció amenazante el escarmiento para quien osara profanar su santuario, acometiendo contra mis dedos una veintena de violentos bastonazos. Su discurso fue breve y claro; lo dijo sin decirlo, hablando con el poder de su silencio, patentizando su condición de amo y señor. Yo me tuve que dirigir, sin chistar, a mi esquina de castigo, a esperar órdenes. Nana Carmelita me dirigió una mirada de amonestación, luego puso la mesa y se sentó junto al amo para darle de comer. Él masticaba las papillas sin emoción, sin cadencia, acompañando el juego de maxilares con gestos frugales, parcos hasta el patetismo. Los criados murmuraban que el amo había perdido el sentido del gusto cuando lo del polvorín, y decían que todo le sabía a zacate. Noté entonces que lucía un poco ansioso; se quedó un buen rato saboreando un bocado, y luego de pasarlo trabajosamente, dijo a Nana Carmelita:

Pásame la...la... la...

—¿?

—Sí mujer, la... la...

Ella, confundida, tanto por la sorpresa que le produjo escuchar nuevamente esa voz ronca y gargajenta, como por la ambigüedad de la petición, le acercó docenas de objetos que sacó sabe Dios de dónde. “Cuando iba yo a creer que juera eso..., pobre l’amo, pasó muchos trabajos para vida de hacerse entender...”

El Amo se puso frenético. Arrojava las cosas por doquier. Tal parecía que por eso de no usar las palabras estaba trabado en un nombre común que no atinaba a pronunciar. Inicialmente, de plano me aguanté la risa, pero luego sentí una gran pena por ese hombre que no podía recordar una simple palabra; yo sabía cuál era, y la hubiera dicho de saber que se trataba de la última petición del Amo, pero no la dije; me parecía curioso que al dictador, al déspota, lo tuviera preso de la frustración la dificultad de proferir un monosílabo. No obstante, siendo hombre culto e inteligente, fue capaz de construir tal estructura:

—Quiero de eso, nana..., de ese elemento granuloso y blancuzco que se disuelve en la boca con miles de pequeños estallidos de calor que se transforman en escozores intensos y fugaces... quiero sentir el acre y viscoso escurrir que estimula las secreciones bucales... deseo probar por última vez de ese caldillo crepitante que sabe a mar...

Después, el hombre sobrio, arbitrario y cruel, menguó totalmente, para convertirse en un muñeco lloroso y desesperado que se aferraba al cuerpo de nana Carmelita.

Más tarde, al mirar su cuerpo tendido en el salón, me sentí obligado interiormente a profesar mayor admiración al dandy, quien, en una situación análoga de confusión mental, tuvo que recordar completa la palabra *mostaza*, que tiene un número mayor de letras, y que, por cierto, también fue lo último que se le oyó decir.

# SÓLO PARA LOCOS

*Esta noche, a partir de las cuatro, Teatro Mágico*

*—Sólo para locos—*

*La entrada cuesta la razón.*

Hermann Hesse. *El lobo estepario.*

—¿Qué pasó con tu reporte, pinche Arturo? —me gritó el jefe desde el otro lado de la línea.

—En tres patadas, jefazo —contesté con celeridad—, en tres patadas..., sí..., seguro, seguro..., me cáí, jefe, ya sabe que yo..., no no no..., ¿cómo cree?... mañana a las cuatro en punto ya lo está leyendo; lo que pasó es que...

Estaba a punto de inventar el pretexto adecuado, cuando caí en la cuenta de que el jefe me había dejado con la palabra en la boca. Me volvió a pasar, como con cada entrega, por dejarlo todo para última hora. Saqué mis carpetas y me puse a revisar los proyectos pendientes, “algo, algo debe haber que valga la pena..., a ver...”

Luego de un rato de búsqueda, me di cuenta de que no había nada, de que había que salir a buscar historias. Tomé mi cámara y me puse a capturar escenas, para detonar la creatividad con las imágenes. Al fin y al cabo al jefe le importaba un pito si lo del reporte era verdad, lo único que quería era llenar el espacio en el tabloide, y en lo personal, lo que me interesaba era contar historias para entretener a los lectores de *Mórbidos*. Al revisar las imágenes en mi departamento, se me vinieron a la mente un montón de historias. Como siempre, imaginé primero el encabezado, luego el pie de foto: “Esta señora tiene cara de *¡Abuelita Sádica!, ¿quién sospecharía de las oscuras aficiones sexuales de esta tierna anciana?*”, o la de “*¡Carnicero siniestro!*”, “*¿sabe usted a dónde van a parar las mascotas extraviadas de esta ciudad?*”; o la otra de “*¡Cocinero insano!, ¡quémenlo!*”, “*Si las penas con pan son buenas, ¿Los penes con pan deben ser jot-dogs?*” Así me quedé toda la noche pensando en el dichoso reporte. Serían como las tres de la mañana cuando el sonido del teléfono me sacó de mis cavilaciones.

—¿Arturo?

—Ese mero, ¿quién habla?

—Soy Ávila, cabrón, ¿Ya acabaste tu reporte?

—A-a, no mames, no se me ocurre nada...—respondí con desgano.

Ávila es el otro “reportero” de *Mórbidos*. Es medio cínico y socarrón, pero le admiro su arrojo, yo nunca me hubiera animado a tirar diez kilos de bofes de vaca entre las vías y a publicar la memorable nota de “*¡Se lo llevó el tren!*”. ¿Quién lo hubiera imaginado?, un joven con tanto futuro”.

—Ya me daba, pinche güevón... En fin, no te acalambres, porque te tengo una chingona, y te la voy a pasar nomás porque...

—Otra vez quieres que te retrate “desangrado”?

—No, cabrón, ésta es de a devis...

—Achis-achis...

—Neto, topo; no mames, en el teatro Mariscal está una chava que...

—¿Nalgas a estas horas, Ávila?, no la chingues, ya déjame trabajar, cabrón...

—No, cabrón, si te digo que es deaDEVIS... , es una chava que viene de no sé donde, y trae un rollo bien marciano...

—¿Alguna parafilia o algo por el estilo?

—No, una onda gruesa gruesa, es adivina o algo así... Yo me la imaginaba toda estrafalaria, pero está liadísima, y además re’buena, deberías de venir; a mí la verdá’ sí me dieron escalofríos, cabrón, me dijo un montón de cosas...

La emoción de Ávila se escuchaba tan genuina, que terminó por convencerme. Me dijo, palabras más, palabras menos, que era realmente insólito, que se llamaba Lady Trinity y que le había revelado asuntos de tal trascendencia, que le era imposible explicarlo con palabras...

—Ella te dice lo que necesitas escuchar, pero no es como las húngaras del centro, que nomás te tiran el rollote que ya sabes, no, ésta chava te da respuestas.

Francamente, me sentí atraído por la tal adivina, y según lo que me dijo Ávila, el teatro estaría abierto las veinticuatro horas. “total, si es pura jalada, ‘ái le tomo unas fotos y le invento algo...” , pensé.

Caminé las doce cuerdas que median entre mi departamento y el teatro, y reparé en un montón de pendones esparcidos en los postes, que anunciaban a Lady Trinity como “La pitonisa”.



La entrada del teatro, me hizo recordar al “sólo para locos” de Hermann Hesse, y a punto estuve de dar media vuelta, pero la curiosidad me quemaba por dentro. Contribuyó también para mi determinación, un letrerito que decía: “No cover”. En el pórtico, un individuo de aspecto macabro, sostenía una charola con cigarrillos exóticos. Le compré un par, y me fumé uno frente al teatro, dando grandes bocanadas, en tanto me decidía a entrar. Tenía un sabor a incienso, pero no me importó. Caminé indeciso un rato y busqué algunas imágenes para capturar. El individuo de la charola me pareció tema sugerente, así que sin avisarle le tomé una foto. Un silencio pesado flotaba en el ambiente, era como si pudiera tocarse, como si el aire fuera gelatina. El foro estaba medio vacío, iluminado por una tenue luz añil. El auditorio se mantenía a la expectativa. Yo intenté buscar algún conocido, pero por la iluminación tuve la impresión de que los sujetos carecían de rostro, parecían elementos grises, figuras de utilería para una representación. La tenebra empezaba a ponerme nervioso, pero luego advertí a qué se debía el aparente sortilegio. La Pitonisa estaba desnuda sobre el escenario, cobijada por la luz de un reflector. Pensé en fotografiarla, pero caí en una especie de embotamiento, no podía distraer mis ojos de su silueta. Era una joven de unos diecinueve años, de piel blanquísima y tenía un rostro de serafín. Se movía con tal donaire, que parecía levitar. Me quedé pasmado al escuchar sus palabras: “lo estábamos esperando, Arturo, ahora podemos comenzar...”. Más que sorprenderme por oír que me llamara por mi nombre, lo que me dejó pasmado fue la tesitura de su voz. Hablaba en un tono de arrullo, con una tesitura exquisita, casi celestial. Así que comenzó diciendo, con una soltura, impresionante a pesar de su desnudez: “han venido aquí a escuchar mis palabras..., pues bien..., a cada uno de ustedes les corresponde una revelación particular. Debo mencionar que no los he traído aquí el azar, han sido convocados por la misma fuerza misteriosa que me dicta lo que he de decirles...”. Lentamente descendió del escenario y caminó entre las lunetas, mirando por turnos a los presentes, que la admirábamos con fascinación. “...de todas las existencias posibles, a ustedes les ha tocado una muy difícil de aceptar..., una existencia que se escapa a la comprensión... Les pediré que no desgasten su entendimiento por que no alcanza..., escuchen su revelación y márchense luego, después..., tómelo con calma..., actúen en consecuencia..., y sean felices...”. Siguió moviéndose por los pasillos laterales, y a cada uno de nosotros nos regaló una caricia como de madre, como de ninfa, como de diosa. “resulta... que ustedes no son humanos..., no en toda la extensión de la palabra... Perdonen que se los diga de esta manera, pero así es... si no me creen, traten de recordar cómo fueron sus padres; ¿los tuvieron?, ¿cómo llegaron a ser lo que son? ¿cuál es su historia?” El teatro quedó pasmado, ni una respiración, ni un solo ruido; al parecer todos hurgaban en su memoria. Yo no tuve tiempo de hacerlo, estaba absorto, observando a mi alrededor, y escuchando esa extraña voz de hechizo. “ustedes... — continuó Lady Trinity— son personajes de un cuento, y su historia puede generarse de un plumazo, y borrarase del mismo modo... No obstante, esta aparente prisión de la trama, no es tal, así como estas manos que tengo yo son sólo palabras escritas por alguien, así como mi voz está hecha del silencio del que nos escribe: no obstante, ustedes no están condenados a repetirse por siempre... Cada que sean leídos tendrán una existencia diferente. Incluso su apariencia tiene posibilidades infinitas”

Al escuchar esto, un anciano de aspecto elegante, se incorporó, tomó su abrigo y se retiró farfullando. La Pitonisa, que se encontraba de espaldas al anciano, advirtió el movimiento y dijo con voz sentenciosa. “les previne acerca de lo difícil que es aceptarlo..., pero estoy aquí con esa misión. Esa es mi razón de ser aquí y ahora; al igual que la de ustedes es poner esas caras y reaccionar de esta manera...; pues bien, ya que lo saben, pueden marcharse si quieren. Pueden meditar sobre esto en sus hogares...”-

Un muchacho delgado, de cabello largo y nariz prominente, levantó su mano como pidiendo la palabra. La pitonisa le indicó con una seña que guardara silencio, y le dijo con un

gesto impenetrable: “a ti no puedo dejarte hablar, pues eres un personaje fugaz”. El joven tomó su mochila y salió del lugar, pensativo.

Luego de unos minutos de tensión y mutismo absolutos, la pitonisa deslizó nuevamente su limpia desnudez entre los presentes. Se aproximó a mí, para decirme: “tu caso Arturo, es particularmente interesante... Intentarás con todas tus fuerzas entender lo que estoy a punto de decirte, puede incluso, que llegues a negarlo..., pero debo revelarte que, además de ser un personaje, eres tú el narrador de esta historia... Ahora comprenderás por qué no podíamos comenzar sin ti...”.

Sus palabras me dejaron una extraña turbación, un eco profundo que aún recorre mi conciencia. Cuando regresé al departamento, me puse a escribir como loco. Sobreponiéndome a la confusión, elegí la foto del vendedor de cigarrillos y anoté: “¡Desvergonzados!, ¡inundan nuestra ciudad con opio!”, “¿no podemos estar exentos de tan terrible amenaza ni siquiera en el teatro?”. Luego de firmar el reporte lo guardé en un fólder amarillo y me hundí en un raro letargo. No ha cambiado mi vida en absoluto, pero confieso que no puedo evitar el sentirme observado.

## AMOR DE BRUJA

Manuel Pastrana tuvo que abandonarlo todo y alejarse de la sierra. Vino a diluirse entre el gentío, a escapar de sí mismo y de un amor enfermizo. Inventar otro Pastrana no fue tarea fácil, a veces sentía nostalgia al recordar sus labores en el campo, sus cabalgatas a pelo entre pinabetes y enebros... pero el infierno vivido los últimos años había aniquilado en él todo impulso de retorno. “¿Pos qué te dio la vieja esa Manuel?, ¿Qué le ves, diantre? ¿Y luego qué pasó con Jobita? Es buena muchacha, joven y trabajadora...¿Qué le buscas andando con esa vieja rancia que además es media bruja?”

Las admoniciones tantas veces escuchadas navegaban entre el humo de su cigarro como susurros extraviados, cada que Manuel se hundía en sus elucubraciones. El cambio de vida lo rodeó de nuevos horizontes y nuevos rostros entre los cuales estaba el más hermoso que haya visto: El de Esperanza. Con ella había configurado el porvenir; juntos planearon las tardes

que pasarían contemplando las nubes, y los hijos que correrían por la plaza. *Pero nomás que me dejes recabrón... a ti y a la otra los convierto en puercos hijodelachingada, ya sabes que soy cabrona y que hasta el diablo se me esconde... No Anita, no te dejes... pero arrímame otro traguito... Tenga pues recabrón, pero empíneselo todo, y ya sabe, nomás que se me salga del guacal*

La noche de bodas fue también la primera en que Manuel y Esperanza durmieron juntos. Ella lucía un corsé aperlado, estaba recostada y dispuesta cuando lo invitó a entrar bajo la sábana nueva. Manuel apagó la luz, se despojó del esmokin alquilado y se deslizó tembloroso en el lecho. Ambos se prodigaban caricias arrebatadas cuando Manuel sintió como el dorso de Esperanza se tornó áspero y fibroso, y percibió el cambio en el aroma de su piel, que se volvió nauseabundo, insoportable.

*“A dónde irás que no te encuentre recabrón...”* le pareció escuchar en medio de la oscuridad la voz de la anciana. Sobresaltado corrió a encender la luz, y palideció al descubrir la figura de un cerdo enorme sobre el camastro. Demudado, atinó a nombrar a Esperanza, pero ella vagaba errática y transfigurada, hozando por toda la habitación, volteando trastos y rascándose en los muros. Manuel escuchó entonces una vocecilla sepulcral que se aproximaba serpenteando sobre su hombro derecho y le musitaba frases terribles. En algún momento Manuel perdió el sentido, y cuando volvió en sí, percibió un fuerte aroma a raíces a la vez que distinguió una silueta gris y una voz que le decía: *“Ándele recabrón, empínesela”*

—Anita— dijo Manuel que yacía en el piso de tierra, bañado en sudor

—Aquí estoy recabrón, dándole su traguito...

—No me dejes Anita— dijo Manuel entre sollozos.

La anciana colocó la botella con el brebaje sobre un cajón de madera, arrulló a Manuel maternalmente y encendió un cigarro. Entre bocanada y bocanada Manuel creyó volver a escuchar las admoniciones provenientes de una dimensión distante, bisbiseando *“Si eres joven Manuel, ¿Qué haces pues con una ochentona que además es media bruja?, mira cómo te tiene todo taralailo, ya no puedes ni montar, ni uncir bueyes... ¿Pos que te da, diantre?”*

## CARTAS MAYORES

# LA REYNA

De un lugar de la frontera. No me acuerdo que día es ora.

CarMela espero que al resebir la presete te e cuentres bien de salut y que Dios nuestro señor te esté favoresiendo con tu familia y trabago, como son mis mejores deseosy pasando a otrA cosa Mira te encargo mucho que lo que te escribo se lo leas a la flaca porQue ella llaves que no sabe ¿veda? i primeraMente quisiera que me desculpες por aberme venido asina sin avisales a todos pero llaves que en esos dias taba todo mui apresurao i mui defisel. Mira ya conseguí trabago aQuí con mi compadre el tiene una tiendita de las de por aca no de las de abarotes sinode unas que ai por acA está recurioso porque ni parece que bende pero si bende bueno no se si sepas pero dende que se murio mi comadre y qe else vino para aca esta trabajando en eso y ala tiendita le dicen la coca cola porque aqi en la casa trabagan el y la señora con la que vive y disen que elven de la coca y la señora la cola y a veses me da risa pero a veses no porque se pone pelijroso pero yo estoí tranquilo a veses lea yudo a llebar mandados alo cortito y Meda

una feria ai parairla pasando MIRA Carmela estOí un poco apenado paraque te lo boi a negar si tu sabes que si tengo verguenza por loque paso pero que quiereS si lo que tengo es una enfermeda y lo bueno que no sepega aUnque porsilas dudas megor me Vine pa dejalos descansarun rato de loque les ago pasaR mira dile a laFlaca que esedia yo estaba ya desesperao porqueme agarrO una racha mui buena y tu sabes qe en esoaveses se pierde y aveses tambien i pos ese dia yavia ganao como cinco peleas al ilo y creMe que jamas se meocu rio pensar qe no miba a salir i le avente los diesmil alcolorao pero jamas me le fijen las patas y ya sabes que yonomas a los de patas moradas i este salio corriente y no m fije i asta al Mejor cocinero se le va un tomateNtero dile a mi fLacaque me disculpe por todas las trastadas que le ise porque los quinientos pesos era lo de la semanapero dile que como me dioverguenza regresarmeasina ala casa sin el diNero entnces le pedi tresietos a baldo yle dige qe el sabado Le pagaba pero lla ves que me pica el dinero i entoses me meti cOn el toronbolo al “domino” i posMe enrache otra vez y yaiba sobre los tresmil cuando lleGo mi tio sarifas y me dijoque si le ponía un entre de a mil pos como ves que se me iso fasel pero pos como ponerme con el tio sarifas sillalo conosco y pos el me enseño, pos tambien Me rapó el tio i ya me daba pendiente que ya era noche y pos yo sin un sentavopa llevar a la casa y pos era saBadoy la flaca ?toda paNsona? Y yo yasabiaque de seguro ni leche iban a tener en la casa entoses me fui con baldo que lla saves que es re buena gente y eso que nunca se le a echo comigo i lo que dicen son puras habladas pero en fin apro vecheque me presto mil pesos PRESTADOS y me fui por la despensa i compre en la plaza todo lo del mandaoy leche y a la flaca le copré tanbieN un champu de manzanilla pa ponele guerito su pelo pero si lo malo esque llaves que en el camino esta la casa de emigdio y el estaba afuerita en el bandaral i Me saludo i todo y por poco me convense de jugar un cubilete pero nome dege tan fasel y megor le dije que unas dos manos de a cieN nomas paque no juea deoquis pero el es re picador y aistaba que dale i dale pero no me convenció porque yo le dije quera ya tarde pero como llegaron los de la bola y se trajieron una eladas dije me bOí a quedar un ratito pero llaves que ai se pone arriba de dosietos porMano y pense que ora si enrachao me salia nomas tres juegos al ilo i me salgo pense ai les digo que laniña esta mala o algo y ya me salgo pero como que me cachetio la suerte porque puras perdidas i cada veS me daba mas vergüenza y preocupación por la flaca y los niños i pos pobres de mis igos les toco mal papá pero que quieres entoses como te iba disiendo me aguite como nunca y cremelo que la tenia segura porque estabaN tres monos en mi juego pero vieras visto como de pelicula emigdio se saco los ases y pos yo ya sin despensa ni dinero y ya me daba pendiente volver con baldo por mas feria porque sino ibaquerer que le hechara otro palo y Me dio flojera y algo de asquilin porque yase puso mas panson entoses le pedi a san judas que melo concediera y que mas quisiera yo poder ver apostao el otro riñon perO pos asi ya me quedaba sin nada y mira Carmela, deveras que no melo vasa creer pero es verda vuena, en la reina de corasones apareció la cara de la flaca y pos era como que se me revelaba en la carta y pos como la mano era bien segura i ya meandaba de ansias pos aposte a la flaca ya te digo si senti gacho porque se la aposte a emigdio pero viera jurao que yo ganaba y pero cuando se rieron los de la bola ay pense en que me rajaba pero como ves que ai no andaN con cosas si a chon cuando no le ajusto Le quebraron “las CostiLLas” i aparte estaba vien asegurado el juego que yo tenia y con ?seismil de polla¿ y entoses ya no supe creme que quise despareserme oque me tragara la tierra o irme a otro lado enese rato porque no podía volber ala casa y coMo le iba a explicar que era por unratito y que pos era un sacrificio pa no hacerme quedar en mal y ademas emigdio no estataN feo no es sierto es broma dile a la flaca que no se enoje que es que la quiero aser reir. Dile que ai cuando tenga juntados unos sentavos selos mando por telegrama i que de verdadme disculpe por tardarMe pero me dabapena ya ni supe si le pago con cuerpo a emigdio o no, i llaves que lo malo que no tenemos telefono pa que me pueda comonicar y con las cartas ora es mas defisel por que de echo de echo esta carta la mande ase como cuatro Meses imaginate

Carmela, se tardan un monton, ai dile que en un tiempo le mando otra pa saber como estaN todos i que me salude al gordito, al chamagoso a mi cecy y ala titi que yani se como le puso en el registro i ai que diOs los bendiga y los socorra yono dejola direcion porque como casi no salgo no se las calles por donde esta la caSa pero dile a la flaca queme tenga pasensita que pronto llega su GORDO de la frontera y alos niños que les boi a llebar unos re galos que me mande decir de cual calsan e? adios Carmela muchas gracias erMana y le llebas flores a mi madre de mi parte bai.

Oye te iva decir que desculpese La letRa perotu escRives mas Gacho.

# EL REY

Delfo's Oracle Corp.

Personal Assistance Department

ASUNTO: INFORMACIÓN URGENTE

A tantos de tantos del año en curso.

Mr. Edward Poe<sup>1</sup>

Presente:

Por este medio le envió un cordial saludo y a la vez le notifico que por una terrible equivocación del personal encargado de llevar su agenda de actividades, el cronograma personalizado que recibió la semana pasada presenta una alteración importante, cuya corrección es imprescindible para el logro de los objetivos que Usted ha confiado a nuestros consultores.

---

<sup>1</sup> Léase Mr. Eddie Poe

En el Apartado 1, aparece: “Extracción de los globos oculares”, cuando, según el plan original, debería de aparecer en el Apartado 3, quedando los dos anteriores en el mismo orden, pero precediendo a éste, y no como se le agendó. Esperamos su comprensión y elevamos nuestras oraciones para que tal error no devenga en algún inconveniente lamentable para Usted y su apreciable familia. También esperamos que el incidente no tenga consecuencias para la terminología psicológica propia de la *Hermandad del Inmutable Segismundo*, que Usted dignamente encabeza como figura moral.

Sin otro particular por el momento, me despido, agradeciendo la atención que se sirva prestar a la presente, y pidiéndole a nombre del departamento a mi cargo, una sincera disculpa.

Atentamente:

Lic. Sófoles de Colono

Postdata: En caso de ser necesario, ponemos a sus órdenes, el servicio de prótesis vítreas a las cuales tiene derecho, como lo estipula su contrato, en el inciso correspondiente al caso, en la gama de colores anexa a este documento, y por el cual no es necesario el pago de deducible; a menos, claro, que solicite alguno de nuestros modelos “Mira-plus” (anexos también) que sí tienen un costo adicional.

## EL AS

Te escribo estas líneas el día más sombrío de mi vida, del año más lúgubre de la eternidad.

Adorada mía:

Llevo tres amargas e insufribles noches sin poder dormir, nada más pensando en lo que me escribiste en tu carta fatal. En ella me dices que soy el as del chantaje, que te obligo a seguir en este juego estúpido y enfermo del amor por correspondencia..., que ya te tiene hastiada tu personaje de musa inasible...

Te voy a ahorrar la penosa lectura de las decenas de sórdidas cuartillas que brotaron desatadas de mi romántica pluma adolorida, y que destrocé antes de ceder a mi pujante impulso de enviártelas. En esas tristes y desafortunadas cartas, te exponía lo que de algún modo ya sabes... que mi amor es más sublime, que está más allá del tacto y del aroma, junto a los amores cósmicos y eternos...

En fin. Te resumo el doloroso y punzante contenido en seis. ¡Oh!, mis últimas palabras: “Amor: Si me dejas me mato”

De ti depende, como siempre, mi destino.

P.D.: Si recibes esta desesperada y gemebunda carta aún húmeda, es por las lágrimas.



